

The background of the entire cover is a warm, golden-yellow color, suggesting a sunset or sunrise. In the center, the silhouettes of a man and a woman are shown in profile, facing each other and about to kiss. The man is on the left, and the woman is on the right. Their hair and clothing are dark against the bright background. A small, bright sun is visible in the background between their faces.

EMMA GREEN

JUEGOS
prohibidos

2

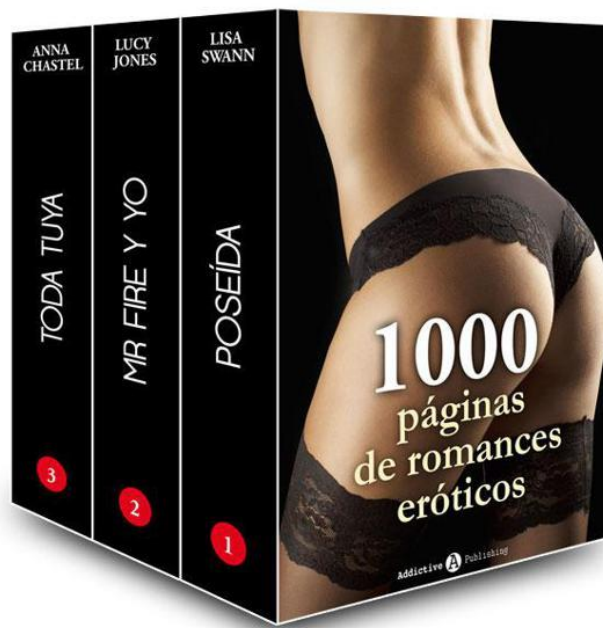
Addictive  Publishing

En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



En la biblioteca:

¡Contrólame!

Strip- tease, baile y seducción: ¡la trilogía más sensual del año!

Me llamo Celia Campbell y mi vida apenas comienza.
Desde hace una semana, mi jefa Amanda Fielding me prepara para mi nuevo
oficio.

Y dentro de unas horas voy a tener mi primera prueba de fuego.
Sola frente al público, entregada a los hombres y mujeres que tendrán sus ojos
puestos sobre mí, finalmente voy a poder hacer lo que amo por sobre todas las
cosas: bailar.

Sé lo que están pensando, me imaginan en tutú, pequeña bailarina de ópera, o
quizá una heroína de comedia musical.

¡Desengañense!

Sí, bailo, pero lejos de los reflectores. Es en el ambiente suave del Blue Butterfly,
un club de strip-tease en donde puedo vivir finalmente mi pasión y es eso lo
esencial.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



En la biblioteca:

Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño... aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.
Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo... o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán... aunque no quieran.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)

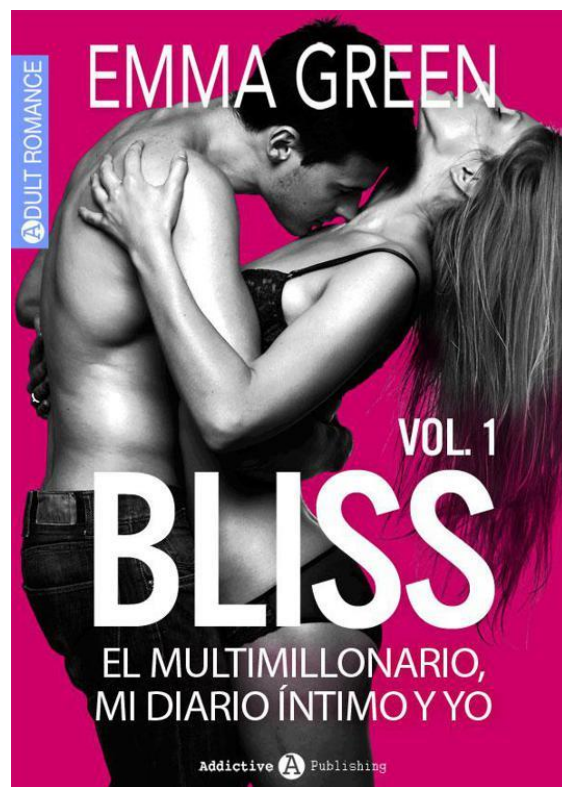


En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto... Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



Emma Green

Juegos Prohibidos

Volumen 2

1. Cobardía ordinaria

« Sé lo que hicieron. Y se llama incesto. »

En el otro extremo, la voz metálica era glacial, asesina. Escalofríos descienden por mi espina dorsal a pesar del calor de agosto, suben hasta mi garganta y es la náusea quien toma el relevo.

¿Quién se esconde detrás de estas amenazas?

¿Quién podría vernos?

¿Y quién nos puede culpar así tanto?

Tres días que estas preguntas dan vueltas en mi cabeza, me impiden dormir, me cortan el apetito, me dan sudores fríos cada vez que algún teléfono suena de nuevo en la casa.

En el concierto, nadie me vio entrar al camerino de Key Why, estoy segura. Si Drake hubiera sabido que me encontraba detrás de la puerta, jamás habría bromeado con Tristan como lo hizo. ¿Y si el autor de esta llamada anónima habló justo del beso en la playa? Allí, había mucha gente. Mis dos mejores amigos, jamás harían una cosa así. Los amigos de Tristan, capaces de este tipo de bromas pesadas, pero que jamás se atreverían hacerle esto al líder de su grupo. ¿Lana, su ex? ¿La camarera con los ojos de gato? ¿Jake, el estudiante de medicina del *Dirty Club*? ¿El jardinero? ¿El cartero? ¿Y por qué no Harrison, mientras estaba allí? Esta llamada telefónica me ha vuelto tan paranoica que casi me pongo a sospechar de un niño de 3 años de edad. Un chiquillo adorable, que me acaba de poner en los brazos Alfred cada vez que siento que soy pesimista. A pesar de la baba y el polvo, aprieto la felpa contra mí antes de que Harry lo recupere para « llevarlo a caminar » o « aprender a contarle historias para cuando mamá ya no esté allí. »

Sienna haría bien en pasar un poco más de tiempo con su hijo y un poco menos contando sus fajos de dólares.

Mi corazón carece de un latido. El teléfono suena, a lo lejos, pero se calla al cabo de tres timbres. ¿Un error? ¿Una advertencia? *La próxima vez, no me esperaré a que alguien descuelgue...* ¿Pero a quién se le puede ocurrir hacerme vivir esta pesadilla? ¿Quién es tan cobarde, tan patético y tan bastardo para hacerme esto? Todo lo que sé, es que si me le echo encima, la va a pasar muy mal.

La ira en lugar del miedo: mi nuevo mantra

Tres días, también, que evito cuidadosamente cruzarme con aquel a quien se le han referido tanto como yo por estas amenazas. O en todo caso, de encontrarme sola con él. No tan complicado, finalmente. Me levanto temprano,

cuando Tristan emerge en medio del día. Voy al trabajo mientras se queda en un garaje de chiquillos ricos, con su grupo de seductores de chicas. Ceno en « familia » mientras él se va a los bares de moda con su grupo de amigos. Cuando vuelve, estoy acostada desde varias horas, echada en mi habitación.

Acostada desde hace horas, sí... pero no siempre dormida.

Puede dormir tranquilo, al otro lado de la pared. A veces, tengo la impresión de escuchar su respiración a través de la división, cuando la mía no es más que sofocaciones y sobresaltos. Cada noche, tengo la sensación de ahogarme mientras que él, inconsciente del peligro, flota alegremente en la superficie.

Tomé la decisión de no revelar nada de todo este lío. Ya, porque Tristan probablemente tendría mucho gusto de tomar esto a la ligera, de media sonrisa tratándose de un chiquillo asustado y paranoico. También y sobre todo, porque nunca se sabe, podría tener el impulso repentino de localizar a la persona responsable, con el riesgo de delatarnos de paso.

Él no tiene nada que perder. Todo el mundo sabe que el cantante de Key Why es un rebelde, con una boca grande, un electrón libre que no tiene ningún uso de la moralidad. En cambio, nuestro « acercamiento accidental » - es así como decidí calificarlo desde que me juré que nunca MÁS me rendiría - podría hacerle una publicidad increíble.

«Tristan Quinn, el bad boy que consiguió atraer a su hermanastra por puro interés.»

Estos últimos días, sentí lo bien que me miraba cuando el encuentro era inevitable. De manera más o menos discreta, más o menos insistente. Sus ojos azules se posaban sobre mí, unas veces feroces y distantes, y otras curiosos, preocupados. Las manos en los bolsillos, el cabello desordenado y el paso ruidoso, terminaba por pasar, cansado de no obtener mi atención.

¿Cansado... o decepcionado?

Ya han pasado cinco días desde que la amenaza hizo su estrago. Nada desde entonces. Nada que haya destrozado mi vida, la de Tristan y la de toda nuestra familia reconstruida, en todo caso.

Son casi las 18 horas desde que salí del trabajo después de haber visitado siete apartamentos uno tras otro. Tengo los pies hechos papilla, las piernas rígidas, mi espalda me duele y ya en la puerta lanzo con furia mis tacones, diciéndoles cuanto nombre se me ocurre.

- ¡Mañana, regreso a los Converse! refunfuño odiándome por haber querido jugar a la dama.

- Sí, porque es bien sabido que las zapatillas para trabajar, es lo mejor,

ironiza el cabeza de bofetada con músculos relucientes, a pocos metros de distancia.

¿Maldecida, yo? Tristan vuelve exactamente de la sala de pesas y, aparentemente, decidió complicarme la existencia. Es para morir. La tentación absoluta. Cuando él coloca su bolso deportivo en la parte superior del gran armario, su camiseta se eleva, mostrando sus abdominales y la fina línea de vello oscuro que desciende de su ombligo. Trago saliva con dificultad, alejando mi mirada para colocarla sobre sus bíceps - stop! - cruzo la suya. Se muerde el labio, me come con la mirada de abajo arriba y mis mejillas enrojecen como después de una exposición de doce horas a radiaciones UV. *Stop!*. Cierro los ojos algunos segundos, tratando de retomar el control y aprieto mis muslos para que el hormigueo desaparezca.

Abro de nuevo los ojos y veo que se encuentra detrás de mi. Estos hombros, ésta espalda... No tienen otra elección, tomo el mismo camino que él - dirección a la cocina - pero sin dirigirle la palabra. El siguiente intercambio se desarrolla bajo un perfecto silencio. Tristan abre el refri, toma dos latas de soda y me lanza una. Me instalo en un lado de la barra, él del otro. Me doy varios tragos de soda forzándome por fijar la pared que se encuentra detrás de él. Saca un paquete de pastelitos y me tiende uno, el cual acepto sin pensar. Lo muerdo y me doy cuenta que es de canela. ODIÓ la canela. Él lo sabe.

- Hilarante, silbo haciendo deslizar el pastelito hacia él.

- ¿Recobraste la voz, Sawyer? Replica antes de vaciar de un golpe la mitad de su lata.

Y la manzana de Adam que me provoca...

- Nunca la he perdido.

- Solo conmigo, entonces, lanza él fijándose intensamente.

- Sabes muy bien que estuvo mal... La noche del concierto... Fuimos demasiado lejos, murmuro.

- No hablamos de eso más, lo dice con una voz despreocupada encogiéndose de hombros, lo que tiene el don de enervarme.

Pasa la mano por sus cabellos, los desgrena y el perfume de su champú me alcanza. Este maldito olor que me vuelve loca, no por tanto tiempo. Como si leyera mi confusión, Tristan se inclina sobre el mostrador y sumerge de nuevo sus pupilas en las mías. Como si tratara de leer allí el más íntimo de mis secretos.

- Más hablar de eso no borrará lo que hicimos, insisto yo con mirada desafiante.

- Detente con tu doble moral, Sawyer, suspira él.

- ¡Estabas tan mal como yo, te recuerdo!

- ¿De dónde sacas eso, exactamente? Gruñe entrecerrando los ojos.

- Se podía leer en toda tu cara.

- ¿Porque pretendes decir que me conoces lo suficiente como para saber todo lo que pienso? se ríe amargamente.

- No, pero...

- ¡Basta! Liv, ya no vamos a hablar de lo nuestro. Nunca más. Debemos parar ahora. Retomemos nuestras vidas como eran antes, separadas, y todo estará bien.

- OK, respondo fríamente.

Con esto, mi encantador interlocutor se pone de pie y lentamente da la vuelta al mostrador para salir de la cocina abierta sobre el salón. Alejándose del mármol claro, haciendo caer un vaso de plástico sobre el parquet. Uno de los vasos de Harrison, con asas como orejas y un pequeño pico como la nariz de un animal no catalogado. Como de costumbre, me agacho para recogerlo, pero Tristan es tan rápido como yo y nuestras pieles se rozan por un mínimo instante.

¡Malditos escalofríos!

- Oh, a propósito, quería decirte: deja de evitarme a cada momento, Sawyer, esto va a terminar por levantar más sospechas, añade antes de desaparecer.

- ¡Y tú, deja de llamarme Sawyer! Grito después de él.

- ¡O.K., Sawyer!

¡Oh! ¡Oh! Muerta de risa. Verdaderamente. Ducon.

Mi teléfono vibra. Es Sienna quien me envía un mensaje - Tristan debió de recibir el mismo - para anunciar que ni ella ni Craig estarán en la casa antes de las 10 de la noche. Por lo tanto, es nuestra responsabilidad cuidar de Harrison, quién no tarda en ser traído por la niñera. Inhalo profundamente cerrando los ojos, los reabro para ver el último archivo GIF que Bonnie me envió - un gatito que baila - y cierro mi pantalla saltando de mi taburete. Dirección al cuarto de baño para una ducha de medio siglo. Me hará falta por lo menos esto para recobrar mi buen humor.

La ducha no sirvió de nada, pero cuarenta minutos más tarde, cloqueo como una pava persiguiendo a Harry en el jardín. Ignoro por qué su madre abandona tanto a su niño más pequeño, él es un antidepresivo y un ansiolítico por sí mismo. Este pequeñuelo es tímido, sensible, afectuoso, y demasiado inteligente para tener solamente 3 años. He aquí diez minutos donde me cuenta las últimas travesuras de su segundo mejor amigo - Elton el elefante - de su pequeña voz concentrada.

- ¡Eta cosita, e pa hacete coquilla! Dice enrollándome el peluche alrededor del cuello.

Como estoy a punto de convencerlo de ir a tomar su baño, el pequeño salta de alegría apuntando con el dedo hacia arriba.

- ¡Gigante! ¡Gigante!

Torso desnudo, con la ventana abierta, su hermano mayor le hace un pequeño gesto con la mano antes de mirarme, una sonrisa en los labios. Sus ojos no

dejan de observarme durante varios segundos. Segundos en los cuales tengo dificultad para respirar. Ignoro por cuánto tiempo nos observa, desde arriba. Harry le pide que baje, cada vez con más insistencia, y Tristan finalmente aparta la mirada para colocarla sobre el pequeño monstruo. Le explica que vendrá en algunos minutos, el tiempo que le tome vestirse, luego cierra la ventana con sus brazos... de gigante. Al mismo tiempo, me echa una mirada terriblemente ambigua. Ignoro si es el cristal que distorsiona su expresión o si tiene el aire mucho más dulce y más atento que una hora antes. Todo, salvo indiferente.

¿Cuántas personalidades me escondes detrás de esa cara de ángel, Tristan Quinn?

El hermano mayor se ocupa del baño del niño, me encargo pues de la misión del « puré de papa ». Me encuentro pelando mi séptima patata cuando suena el teléfono y rompe mi burbuja de serenidad, cortándome el aliento. Me precipito en la entrada y descuelgo, rezando por no volver a escuchar jamás la voz metálica.

- Residencia Lombardi-Quinn-Sawyer, anuncio con una voz clara.

- ¿Se encuentra Tristan? Me pide sin rodeos una voz aguda, que carece de cortesía, pero ningún sex-appeal.

- ¿Quién es?

- Poco importa, resopla la desconocida masticando su chicle. ¿Se encuentra o no?

- ¡No, se cambio de casa, número equivocado! Gruño colgando brutalmente.

¡Las fórmulas de cortesía, no están hechas para los perros!

Doce minutos más tarde, rebelote. Nuevo timbre, nuevo viento de pánico. Mi corazón se acelera, los sudores fríos empiezan de nuevo, pero esta vez, la voz al otro lado de la línea es más grave, más sensual:

- Buenas tardes, quisiera hablar con Tristan, por favor, me anuncia la segunda pretendiente.

- ¿De parte de?

- La mujer de su vida, eso espero, bromea la señorita, muy segura de ella.

- Es lo mismo que dijeron las quince anteriores.

- ¿Perdón?

- Está ocupado. Te llamará. ¡Hasta pronto!

- ¡Espera, aún no tienes mi nombre!

- Sí: « ¡mujer de su vida número 16! », sonrío antes de colgar el auricular.

Tristan y Harry descienden en el momento de la tercera llamada telefónica. Esta vez, pierdo mi sentido del humor. Ya no puedo más. El estrés que me causan cada una de estas llamadas me están volviendo loca. Descuelgo y cuelgo sin contestar y retorno a la cocina para colocarme en la barra de rompecorazones:

- ¡Como joden tus admiradoras! ¿No puedes darles tu número celular, a fin de no imponerle esta mierda a todo el mundo?

Tomado por sorpresa, Tristan le pide amablemente a su pequeño hermano ir a leer al salón.

- Si llaman aquí, es precisamente porque no les respondo mi celular, retoma mirándome de forma extraña. ¿Qué es lo que te pasa, Sawyer?

Su tono es serio, sin pensarlo dos veces. Y sin embargo, su respuesta me pone fuera de mí.

- Porque me es necesariamente el problema, ¿no? Suelto plantándome frente a él para demostrarle que no tendrá la última palabra, esta vez.

- ¿Qué? ¿De qué estás hablando?

- ¡Ocupate del puré, de tus músculos y de tus zorras! ¡Yo, ya tuve demasiado! Gruño. ¡Y me largo!

- ¿A dónde vas?

- ¡Allí dónde me arruinaras la paz!

- ¡Liv! Gruñe y de repente corre detrás de mí.

Me intercepta por el brazo antes de que alcance la salida.

- Dime a dónde vas.

- ¡No!

- Entonces no te mueves de aquí, dice con calma pegándose contra la puerta.

- ¡Déjame ir!

Trato de derribarlo, pero obviamente, mis puños no son rival para esta complexión de quarterback.

- No saldrás en este estado, se ensaña quedando perfectamente indiferente ante mis golpes.

- ¡No eres mi padre! ¡No eres nada mío!

- Que yo recuerde, me revira sonriendo de manera extraña.

- Tristan, actúo diplomáticamente, retrocediendo un paso. Estoy tranquila. Déjame salir.

- ¿Para ir a dónde?

- ¡A casa de Bonnie! Suelto de repente, frustrada de ser obligada a ceder.

- Ah que bien, concluye él, orgulloso de sí, con una sonrisa en los labios. No era tan complicado.

El insolente levanta los brazos en señal de rendición y se aparta lo suficientemente lejos de la puerta para que yo pueda escabullirme. Al paso, ignoro la ligera punzada que padece mi corazón y murmuro « Buenas tardes, pedazo de idiota... » Detrás de mí, una risa grave y viril, luego la puerta se cierra.

Absolutamente no me dirijo a casa de Bonnie. Saltando en mi pequeño SUV, tomo el corto camino que lleva a la excéntrica casa de Betty-Sue. Necesidad urgente de vaciar mi bolsa. TODA mi bolsa. Veinte minutos más tarde, mi abuela en vestido de noche con los colores del arco iris me recibe en la puerta, preocupada.

- ¿Pequeña? ¿Qué pasa? Me pregunta empujando a todas las bestias peludas que se interponen en mi camino.

- El otro día, me dijiste que podía hablar contigo, murmuro, con un nudo en la garganta.

Una primera lágrima fluye sobre mi mejilla. Con esto, Betty-Sue reacciona y echa fuera a toda su colección de alegres animales en muy poco tiempo, antes de atraerme hasta el salón.

- ¡Siéntate, vuelvo enseguida con un té anti-pena!

Algunos minutos más tarde, mientras estoy cómodamente acurrucada en su sofá de numerosos cojines bien combinados, vuelve con una taza humeante en la mano.

- Bebe esto, querida. No tengo el derecho a decirte lo que esto contiene, pero te aseguro que te hará bien.

- Solo una pregunta, le sonrío. ¿Todo lo que contiene dentro es legal?

- ¡Siguiente pregunta! Sonríe ella suavemente viniendo a sentarse lo más cerca posible de mí.

En esta casa de altos y bajos, apaciguada por la presencia de esta mujer que me ama incondicionalmente sin juzgarme jamás, por las buenas sensaciones y los efluvios de mi infusión, abro las compuertas. Primero lloro. Y luego cuento. Todo, con todos los detalles.

Bueno, excepto los de una determinada escena detrás de los bastidores de un bar abarrotado de gente.

Mi atracción por mi hermanastro, nuestras justas verbales, nuestras francas discusiones, nuestras miradas ambiguas, nuestro primer beso, el segundo, el tercero. El hecho de que ciertas fronteras hayan sido quebrantadas, a pesar de mi, a pesar de nosotros. La pena que me sigue por todas partes a donde voy, desde entonces. El miedo de ser descubierta, juzgada, insultada, dañada. El miedo de no volver a sentir lo que me hizo sentir, también. El miedo de quererlo todavía. El miedo de perderlo.

Y luego esta famosa llamada telefónica que se obstina en impedirme dormir, comer, funcionar correctamente. « Sé lo que hicieron. Y se llama incesto. » Con esto, Betty-Sue saca las garras. Por primera vez, me interrumpe y su mirada llena de amor y compasión se turna roja.

- ¿Incesto? ¿Cuál incesto? Se pregunta ella de repente. ¡Que yo sepa, Ustedes no están ligados por la sangre! ¡Tristan y tú no hicieron nada malo! No eligieron la facilidad, se los concedo, pero ustedes no han violado nada! ¡Ninguna ley! ¡Ningún código moral, ético o no sé que otra mierda del género!

- Es mi hermanastro.

- ¡Te equivocas! Intenta persuadirme rodeando mi cara con sus manos dulces y arrugadas. Tristan y tú, son libres. ¡Ustedes tienen 18 años y el derecho a

todas las locuras! Y luego sabes, los enemigos terminan ya sea por destruirse... o por amarse. Y personalmente, prefiero la segunda opción.

- La gente no comprenderá, si se enteran de esto.

- ¡Esta maldita sociedad y su cobardía ordinaria! Ruge ahora ella levantándose y poniéndose sus pantuflas gastadas. Para no tener que pensar y dar prueba de coraje, la gente misma se esconde detrás de falsas ideas y prejuicios. ¡Pero vamos a encontrar al que te chantajea, mi dulce, y sus amenazas, haremos que se las trague!

No puede ser mejor...

- ¿Sueño o este té logra hacerme sonreír? Hago, un gesto demasiado alegre.

Betty-Sue me suelta un guiño y deja entrar a su rebaño de criaturas que se arrojan rápidamente para unirse conmigo en el sofá y aplastarme, lamerme, total, cambiarme las ideas.

- ¡El té Y mis pequeños protegidos! Dice con orgullo escuchándome reír con mucha alegría.

- Finalmente, « sálvese quien pueda » ha demostrado ser mucho más eficaz de lo esperado, filósofo Fergus observando su futuro uniforme verde caqui.

- Sí, en fin, gracias a Dios, eres el único que debe llevar esta cosa horrible, ríe Bonnie estudiando la carta de milk-shakes.

- Sí, en fin, no la traigas demasiado, lanzo a mi mejor amiga. Estás a punto de no traer nada puesto.

- ¿Qué? ¿Stripper, eso es, tu trabajo de verano? Ríe de repente el único varón de nuestro trío.

- ¡No sueñes demasiado, perverso! Se defiende la linda Black. ¡Soy la nueva corista del Key Why, me va a tocar un billete en cada concierto! Y si me pongo decente, será únicamente para Drake.

- Claro que es más excitante que mi trabajo de jardinero, desespera el pelirrojo.

- Puedo procurar que vengas a trabajar a la casa, le propongo. Sienna busca a alguien para cortar el seto, creo.

- ¿Trabajar para la bruja de tu madrastra? ¡Jamás en la vida! Exclama abriendo los ojos desmesuradamente como un poseído.

- Bueno, tenemos los tres un trabajo, ¿no es bella la vida? Resume Bonnie reponiendo la carta. ¡Y para celebrarlo, gira de Sex on the Milk!

¡Más repugnante, muere!

- Hey, finalmente tuve mi respuesta. Para la universidad, suspiro mientras saltan bajo mis ojos.

- ¿Qué? Maldito Fergus, ahora dotado de un bigote de leche... al que trata inútilmente de quitar.

- ¿Entonces? ¡Escúpelo! Se impacienta Bonnie.

- Negativo. Aparentemente, no he aspirado a tanto. Mis tres opciones me las han suspendido.

Intento no dar un aspecto de devastada por estas negaciones que recibí de un solo golpe, esta misma mañana, pero francamente no soy buena actriz.

- ¡Siempre puedes probar suerte en el próximo semestre, en la universidad de la esquina! Me recuerda Fergus. Inevitablemente serás aceptada.

- Sí, con eso, estaremos los tres en el mismo lugar, me consuela Bonnie, claramente preocupada por mí. Sé que no es lo que querías, Liv, pero...

- ¡Pero nada en absoluto! Tengo la solución: voy a tomar clases por correspondencia a tiempo parcial y trabajar en Luxury Homes Company el resto del tiempo. Mi padre soñaba con eso y, además, comienzo a ser fanática a mi trabajo. Creo que estoy hecha para esto.

- ¿Muy, entonces puedo ser honesta?

- Sí...

La loca furiosa se levanta y empieza una danza psicodélica, bajo nuestros ojos boquiabiertos. Al cabo de algunos segundos, me echo a reír y la alcanzo moviendo las caderas sin complejos.

- ¡Tenía tanto miedo de que te fueras a Nueva York, o al mismo París! Me confiesa Bonnie arrojándose en mis brazos. ¡Es egoísta de mi parte, pero acabas de anunciarme la mejor noticia del año!

Bueno, imagino que no tengo todo perdido.

Aquí, tengo todo mi pequeño mundo que me hace la vida tan bella como impredecible.

Sin hablar de un cierto Tristan Quinn...

2. Trabajando con el enemigo

– ¡Tristan! ¡Te necesito bañado, vestido y peinado en diez minutos! ¡Rápido! grita Sienna en la mañana enfatizando cada palabra con un aplauso.

Ella sacó a su hijo mayor de la cama hace apenas cinco minutos y éste se fue inmediatamente a recostar sobre el sillón de la sala para terminar su noche, tocando perezosamente su guitarra con los ojos cerrados.

– ¿No quieren hacer más ruido? Son las 7 de la mañana, reclamo tomando mi primer trago de café, recargada sobre la encimera de la cocina.

– ¡Tristan, deja esa guitarra y muévete! continua mi madrastra mientras que su hijo permanece inmóvil sobre el sillón. Sí, ya sé... Eso no es nada bueno... Hay que encontrar una solución, gruñe en el teléfono que sostiene entre su hombro y la mejilla. Tristan, ¿me escuchas? ¡Despierta!

Y entonces chasquea los dedos a algunos centímetros del rostro adormecido del guitarrista.

– Entre más gritas, menos comprendo lo que dices, le responde lentamente, como para ignorar la urgencia y hacer rabiar a su madre.

Quien a veces se lo merece.

Al menos no es sólo conmigo que está insoportable.

Me sé estos conflictos de memoria y, a pesar del desorden matutino, me divierten bastante. Me muevo discretamente en la cocina abierta para tener una mejor vista hacia la escena que se desarrolla en la sala. Tristan está en bóxers grises y playera blanca, con sus pies descalzos sobre la mesa baja y su guitarra en los brazos, y Harry con pijama está sentado al lado de él, con un biberón de leche con chocolate en una mano y la pata de Alfred el cocodrilo en la otra. Típico.

– Siete de mis mucamas tienen intoxicación por alimentos, explica Sienna quien colgó su teléfono y colocó sus manos ahí donde parecen estar sistemáticamente imantadas, sobre las caderas. ¡Arreglaré eso más tarde con quien tuvo la brillante idea de celebrar su cumpleaños en un *diner* barato e invitar a las demás! Mientras tanto, necesito que mi hijo me haga un favor y vaya a prepararse. ¿Es demasiado pedir?

– No puedo ayudarte, tengo ensayo con los chicos hoy.

– ¡No va a pasar nada si lo pasas para después! Es sólo por un día. O dos. Mientras encuentre reemplazos. Y te pagaré, no será un día perdido para ti... por primera vez en tu vida, precisa con un tono cínico en la voz.

¿Cómo le hace para ser tan molesta? Ya veo de dónde lo heredó Tristan.

– No me importa tu dinero, mamá, suspira con una sonrisa indiferente, antes de echar hacia atrás la cabeza en el brazo del sillón. No puedo dejar a los chicos.

– ¡Ellos pueden venir a trabajar para mí! le responde levantando las cejas como si acabara de tener una revelación. ¡Cinco chicos apuestos en plena juventud! Algunos ya han sido meseros, ¿no? se emociona.

– No, la interrumpe de inmediato Tristan. ¿Y quién va a ocuparse de Harry?

– ¡Ya llamé a la niñera y está en camino! Y tú ya deberías estar llamando a tus amigos. A Blake el alto y el moreno apuesto ése, Jackson... ¡Y al que toca el piano!

– Es Drake, no Blake, la corrige Tristan suspirando. Y Jackson es blanco. El negro es Elijah. De hecho, es mestizo. Y Cory toca el teclado, en un grupo de rock no se dice « piano ».

– ¡Ah sí, Rory!

¿Pero por qué no escucha?

– ¡Si yo tengo que jugar al sirviente todo el día, no veo ninguna razón para que Liv no esté obligada a ello también! protesta Tristan que acaba de darse cuenta de mi presencia.

Y de sacarme bruscamente de mi papel tan amado de espectadora silenciosa. Con su mirada provocadora y su actitud de orgullo, sabe que ya ganó.

– ¡Imposible, tengo que estar en la agencia en media hora! respondo yendo a vaciar el resto de mi café tibio en fregadero.

– ¡Muy buena idea! me ignora soberbiamente Sienna. ¡Llamaré a tu padre en seguida para arreglar eso! Y debes de tener un amigo o dos que necesiten trabajar, ¿no, Liv?

– Por supuesto, se regocija Tristan, no todo el mundo puede darse el lujo de ser una hija de papá con un tranquilo trabajo de verano en una agradable oficina con aire acondicionado.

– Cállate, Quinn. ¿Tú siquiera has trabajado un solo día de tu vida?

– Ya veremos quién de los dos resiste más el día de hoy, me desafía tocando un último acorde en su guitarra antes de levantarse del sillón.

Mantener la taza vacía en la mano...

No arrojársela a la cabeza...

Él me roza observándome de arriba a abajo antes de subir la escalera hacia atrás, lentamente, con orgullo, como si fuera todo un logro de destreza, de equilibrio y de valor.

¡Que se caiga, que se caiga, que se caiga!

– ¡Genial, adoro ese espíritu de emulación! se regocija Sienna exagerando. Tu padre está de acuerdo, Liv, ¡hasta le alegra que los tres trabajemos juntos como una verdadera familia! ¡Los espero a todos a las 8 en punto en el hotel! ¡Adiós,

Harry querido, mamá se va a trabajar! le dice enviándole un beso al aire. ¡Pórtate bien con Monica!

¡Hasta yo sé que la niñera se llama Erica!

¡Y puedes meterte tus sueños de « verdadera familia » por donde ya sabes!

– ¿Titan sigue tocando la guitara? pregunta el pequeño con su vocecita triste sin poder pronunciar las « r ».

– ¡No, Tristan! articula su madre exagerando en las consonantes, pero sin pensar en responder a su pregunta.

– ¡Te tocaré un poco de guitarra esta noche! grita su hermano desde el primer piso. ¡Pero primero tienes que ensayar los acordes con Alfred!

– ¿Tolito? insiste Harry con unas lágrimas en los ojos que me rompen el corazón.

Él deja caer su biberón vacío sobre el sillón y remplace el chupón por la pata de su peluche.

– En verdad tenemos que enseñarle a tomar de un vaso, dice Sienna para sí misma. ¡Y a ya no meterse nada en la boca! Ese logopeda es un verdadero incompetente. ¡Hasta luego, mi bebé! ¡Mamá te ama!

En verdad le habla como si fuera retrasado.

La puerta de la casa resuena. En el piso superior, escucho una ducha abrirse y cerrarse. Y las imágenes atacan mi mente. Imágenes prohibidas. De las cuales me deshago sacudiendo la cabeza violentamente. Ya voy tarde. Y ya estoy fuera de mis casillas.

Es increíble el calor que hace en esta casa a las 8 de la mañana. ¿Quién apagó el aire acondicionado?

– Ven, Harry, ayúdame a vestirme. Puedes elegir lo que quieras que me ponga... excepto shorts, le susurro al oído subiendo las escaleras con el tristán entre mis brazos.

Veinte minutos más tarde, Erica llegó, Harry está dibujando y Tristan acaba de irse en bicicleta - después de haber criticado mi « auto regalado por papi ». Justamente tuve la bondad de no ofrecerle llevarlo conmigo, para evitar recordarle la dolorosa muerte de su padre, siguiendo los consejos del mío. En fin, ni siquiera hemos empezado a pasar el día juntos y ya es insoportable.

Llego al vestíbulo del Lombardi a las 8:03, corriendo y bastante orgullosa, después de haberme estacionado a toda velocidad en el lugar reservado para los empleados sin haber arruinado ni una sola carrocería. Pero no hay nadie. Tengo que esperar casi una hora más para que al fin formemos medio círculo alrededor de Sienna. Observo a mis siete nuevos colegas por este día: Fergus y Bonnie, que no pueden evitar sonreír, particularmente emocionados por su nuevo trabajo « prestigioso ». Tristan que me ignora y que prefirió esperar cobardemente a sus amigos antes de llegar aquí. Drake, el guitarrista alto y rubio, que lleva un arete en

cada oreja y a quien mi amiga se come con la mirada sin ninguna discreción. Jackson, el baterista, con cabello castaño y largo que parece buscapleitos, al cual Fergus le tiene miedo y ni siquiera se atreve a mirar. Elijah, el bajista mestizo, que se amarró las rastas en una cola de caballo tan débil como él. Y por último Cory, el chico transparente por excelencia, que no tiene nada de particular y casi nunca habla. Los cinco miembros de los Key Why se ven desenfadados y hastiados, como si nada pudiera impresionarlos, mientras que mi trío intenta esconder su estrés y su aprensión.

Ésa es la diferencia entre los jóvenes populares, para quienes todo es fácil... y los demás.

– Ahora que están completos, comienza solemnemente mi madrastra con una mirada insistente para los que llegaron tarde, los dejo en manos de Nicole, mi asistente. Ella les dará sus uniformes y les indicará sus tareas del día. Les pido que la obedezcan como si fuera su propia madre - mirada insistente hacia Tristan - y que respeten a todos nuestros clientes como si fueran... sus ídolos, vacila seguramente después de haber buscado los nombres de actores o cantantes actuales. ¡Háganme sentir orgullosa! exclama demasiado fuerte y con una sonrisa demasiado forzada, dejando ver su nerviosismo.

– Está convencida de que vamos a fallar, susurra Tristan con una pequeña sonrisa de malicia.

– ¿En verdad acaba de decir la palabra « uniforme »? ¡Nunca voy a entrar en él! se preocupa Bonnie en voz baja escondiéndose a medias detrás de mí.

– ¿Qué edad crees que tenga Nicole? ¿Treinta y cinco? pregunta discretamente Drake a uno de sus amigos.

– No me importa, está vestida. Imagina la cantidad de mujeres en traje de baño que vamos a poder ver en el bar de la piscina, responde Jackson haciendo como si babeara.

– ¿Sí sabes que ya no estás susurrando? le hace notar Fergus, preocupado por verse bien.

– ¿Sí sabes que podría reventar tu cabeza de pelirrojo si me sigues dirigiendo la palabra? responde el baterista tronándose las articulaciones de los dedos.

– Liv, ¿ya puedo regresar a mi casa? murmura mi amigo aterrado separándose del despeinado.

– ¡Guarda tu testosterona para después, Jackson! replico sin perturbarme.

El castaño se deja de juegos mientras que sus amigos ríen, pero Tristan, por su parte, me dirige una mirada extraña, penetrante, entre la sorpresa y la admiración. Como si descubriera que puedo ser mordaz con otro macho dominante aparte de él.

– La señora Lombardi ya repartió las tareas, comienza la famosa Nicole por

encima del barullo, leyendo las notas de su bloc. Tristan, Drake, Liv y Ebony, ustedes se encargarán del bar de la piscina.

– ¡Yes! se regocija ruidosamente el rubio alto apretando el puño.

– Prefiero que me llamen Bonnie, sugiere tímidamente mi amiga con una mueca.

– ¿Puedo cambiar con Drake? intenta Jackson con el ceño fruncido.

– Puedes tomar mi lugar si quieres, le propone Tristan alzando los hombros. Si eso me va a evitar aguantar a Sawyer todo el día.

Nueva sonrisa burlona hacia mí. Nuevo guiño insolente. Y nuevos escalofríos en la nuca.

No me provoques demasiado, Tristan Quinn...

– Los papeles no son intercambiables, lo contradice la asistente. Elijah y Cory, se encargarán del snack-bar en la terraza. Y Jackson y Fergus, ustedes atenderán el servicio a cuartos.

– Oh él no por favor, se preocupa mi amigo cuyas raíces del cabello rojo se encienden.

– Todo estará bien, lo tranquilizo susurrando. Si te hace algo, activas la alarma de incendio, ¿OK?

– Éstos son sus uniformes, anuncia Nicole contenta de distraerse recibiendo un perchero de ruedas de manos de otra mujer. Los vestidores de hombres ya están cerrados y sólo tengo la llave de los de mujeres. ¿No les molesta cambiarse todos juntos? Hay baños si lo necesitan. Es por aquí, nos indica mostrando una puerta con un letrero de « Staff only ».

Después de abrírnos los vestidores femeninos, entregarnos un uniforme a cada uno y darnos las últimas recomendaciones, Nicole se escabulle, feliz de deshacerse de nosotros para regresar a su verdadero trabajo. Bonnie decide quedarse con su falda negra ceñida temiendo no entrar en la del Lombardi y se va al baño para cambiarse la blusa. El único baño, evidentemente. Todos los chicos se quitan espontáneamente sus shorts para ponerse el pantalón de traje negro que les fue entregado, gruñendo acerca del corte demasiado estricto - y las piernas demasiado largas para Fergus, el más bajo de nosotros, incluyendo a las chicas. Las playeras vuelan también, remplazadas por las polos color salmón - rebautizado como « color vómito » por los amigos maduros de Tristan. Él se queda silencioso, al otro extremo de la habitación, con su pantalón de traje puesto pero sin abotonar, dejando aparecer elástico gris de sus bóxers que me obligo a no mirar.

¿Por qué un chico con el torso desnudo se ve siempre tan sexy?

A menos que sólo sea él. Él y sus malditos músculos. Él y su seguridad seductora a una edad en la que nadie ama su propio físico.

– ¿Qué sucede, Sawyer, eres demasiado tímido para cambiarte frente a todo el mundo? me provoca observándome desde lejos.

– Estar en ropa interior es lo mismo que estar en traje de baño, intenta tranquilizarme Fergus haciéndole un segundo dobladillo a su pantalón.

– ¡Cuando necesite tu consejo, te lo pediré! le ladro.

Ignoro a ambos y me volteo frente a la pared para quitarme rápidamente la blusa y ponerme la polo.

¿Por qué Bonnie no sale de ese maldito baño?

Me lleno de valor y me siento sobre un reborde para sacar las piernas de mis jeans, sin quedarme en calzones frente a todo el mundo. De hecho, a nadie le importa verme. Creo que tengo demasiados complejos o la reputación de ser demasiado santa como para interesarle a cualquiera de los cuatro músicos. Agitados de pie, éstos forman una barrera móvil y firme entre Tristan y yo, pero aun así lo veo observando mis piernas desnudas, siguiendo la línea de los dedos de mis pies para llegar hasta lo alto de mis muslos. Él no se esconde un sólo segundo ni siquiera desvía la mirada cuando se cruza con la mía. Intento lanzarle una mirada de desaprobación, pero la recibe con una pequeña sonrisa retorcida que me exaspera al máximo. Y me desestabiliza mucho más. Me pongo rápidamente la falda negra con el logo Lombardi rogando que no se vea tan corta en mí como en el perchero. No es así. Al menos, no está tan pegada como la de Bonnie, pero es lo suficientemente recta y rígida como para que no pueda levantarse.

– Mierda, Liv Sawyer, ¡parece que tienes diez años más con ese traje! comenta Drake, más riendo amigablemente que coqueteándome. Wow, Bonnie Robinson, tú tampoco te ves tan mal, exclama él volteando hacia mi amiga, que al fin salió del baño, ceñida en la polo salmón de la cual ha abierto todos los botones para hacerse un escote pronunciado.

Y esta vez, ya no hay nada de amigable en la mirada del rubio alto sobre los generosos senos de mi mejor amiga, a la cual no le desagrada el efecto que tiene sobre él.

– Bueno, ya todos estamos listos, ¿podemos irnos? refunfuña Fergus nadando en toda su ropa.

Todo el mundo sale de los vestidores en fila india mientras que yo me pongo mis sandalias, inclinada hacia el frente. Tristan avanza y juraría que su mano roza mis nalgas al pasar. Me enderezo, lista para reclamarle algo - o mejor aun, lanzarle una sandalia a la cara.

– ¡Sigues siendo la última Sawyer, anda! susurra a mi espalda antes de poner sus dedos sobre mis caderas y empujarme suavemente para hacerme avanzar frente a él.

Ese roce, por más ligero que fuera, me perturba mucho más que su mirada sobre mí hace unos minutos. Los recuerdos de nuestra noche en el camerino del concierto me vienen a la mente, al mismo tiempo que los de otras caricias sobre mi piel. Acelero la marcha para romper el contacto y deshacerme de esas imágenes

peligrosas. Luego Tristan me alcanza y me rebasa empujándome para llegar hasta los demás diciendo con un tono molesto:

– ¡Qué lenta eres, Sawyer!

– ¡Qué imbécil eres, Quinn! respondo sin pensar, con el corazón lleno de rabia.

– ¡Ya van a empezar otra vez los hermanos! suspira Drake, divertido.

– ¿Van a estar peleándose todo el día? nos pregunta Bonnie, poniendo los ojos en blanco, sólo para coincidir con el rubio alto.

No tengo tiempo de responder antes que Nicole regrese para explicarnos cómo funciona el bar de la piscina: tenemos que ofrecerle bebidas a los huéspedes del hotel antes de que siquiera lo pidan. Servirlas sin que tengan que levantarse. Añadir las comandas a la cuenta de su habitación para que sientan que no están pagando y memorizar el número de dicha habitación para que no tengan que repetirlo. Y finalmente, cambiar discretamente las toallas de sus camastros cada vez que vayan a nadar, para que puedan recostar su cuerpo empapado y chorreando bloqueador solar sobre una toalla limpia y seca.

El máximo lujo según Sienna Lombardi.

La mañana comienza tranquilamente y tengo tiempo de familiarizarme con el nombre de los cocteles y el peso de la bandeja para no tirarla. Después de sólo algunas horas, Tristan logra cargarla a lo alto, cerca de su cabeza, equilibrándola con la punta de los dedos, esquivando hábilmente a los huéspedes. Yo me conformo con cargar la bandeja plana sobre mi antebrazo, al nivel de mi cintura, y con dar pasos muy pequeños jalando mi falda con mi mano libre.

– ¡Muévete, Sawyer, me estorbas! se enfada Tristan cuando las comandas se encadenan un poco más rápido al acercarse la tarde.

– El hijo de la jefa quiere esmerarse, me burlo en voz baja para provocarlo.

– Repite eso, me dice deteniéndose en seco a medio camino entre el bar y la piscina.

– Y además parece que le gusta dar órdenes, continúo al ver que está funcionando. Como su madre, finalmente.

– ¿Cuál es tu problema? vocifera acercándose un poco más a mi rostro.

– Tú eres mi problema, Tristan Quinn. Tú y tu actitud. Tú que crees que todo te esta permitido. Tócame una vez más las nalgas y te ahogo en esta piscina, lo amenazo en voz baja.

Con una mano echada hacia atrás, él se frota nerviosamente el cabello y busca algo que responder, con su aliento cortado sobre mi mejilla y el olor de su shampoo cosquilleándome las narinas.

– Te gustó que te tocara, Liv Sawyer, articula lentamente, regresando a su seguridad normal. Ni siquiera te sobresaltaste. De hecho, era lo único que esperabas. Desde la otra noche. Y eres demasiado orgullosa como para admitirlo.

La otra noche... Creí que no debíamos hablar de eso nunca más.

Muero de ganas de abofetearlo ahí mismo, frente a todo el mundo. Pero tengo todavía más ganas de morder ese labio inferior que él no deja de mordisquear sólo para provocarme, esa boca tan cercana a la mía, que busca tentarme. Mi respiración se acelera y mi pecho se eleva más rápido de lo que quisiera.

– ¿Ésa es tu manera de confesármelo? farfullo al fin. ¿Que tienes ganas de tocarme? No, ¿que no puedes evitar tocarme? agrego obligándome a lanzarle una sonrisa juguetona.

– En tus sueños, responde con su voz grave, regresándome la sonrisa.

– ¡Psst! nos interrumpe Sienna con lo que ella cree que es un ruido discreto. ¡A trabajar, los dos! nos ordena secamente con un susurro cercano al grito. ¡Los clientes esperan!

Doy un gran paso hacia atrás, miro a mi alrededor y espero no sonrojarme tanto a pesar del calor que se me sube a la cabeza. Siempre puedo echarle la culpa de eso a las elevadas temperaturas del mes de agosto a mediodía.

– ¡Mira por donde caminas y deja de estorbarme! vuelve a regañarme Tristan, con una mirada extraña y un gesto con el mentón hacia su madre. Enójate si quieres, murmura entre dientes.

– ¡Qué molesto eres! ¡Ocúpate de tus clientes y déjame a mí los míos!

Al fin comprendí que teníamos que pelearnos frente a mi madrastra para evitar que sospeche algo.

– ¡Una caipirinha y dos copas de champagne! improvisa hacia el barman.

Tristan y yo nos vamos en direcciones opuestas y al fin regreso a un ritmo cardiaco normal cuando Sienna se aleja para ir a regañar a otros empleados. A esta hora de la tarde, la terraza de la piscina está llena. Y tengo la impresión de que Drake y Bonnie decidieron trabajar medio tiempo. Llevo bastante tiempo sin verlos por aquí. Voy a ocuparme de un cliente que justo acaba de llegar, pero continúo mirando a mi « colega » de reojo, si poder evitarlo. Éste coquetea con un grupo de mujeres con un marcado acento extranjero y de edad indefinida. Una de ellas toca su brazo musculoso, apretado en la manga de su camisa. A otra le parece que el color salmón queda bien con su tono bronceado. Y una última le pregunta si untarle bloqueador en la espalda forma parte de sus funciones. Él la rechaza educadamente, sin dejar de sonreír seductoramente. Y extrañamente, tengo el repentino deseo de lanzar mi bandeja como un frisbee hacia las tres zorras.

Durante ese tiempo, mi cliente - viejo y panzón, con bata y zapatos blancos, y un único mechón de cabello grasoso pegado a su cabeza roja y brillante - me pide una naranjada sin siquiera mirarme.

¿Y si le exprimo la naranja directamente sobre la cabeza al viejo enfermo?

¿Pero por qué estoy tan enojada?

Intento ignorar a Tristan y traer mi jugo de naranja sin rechistar, mirando a otra parte. La pareja que percibo, apenas escondida detrás del tronco de una palmera sobre la terraza del hotel, me hace tropezar: Drake y Bonnie besándose, con las manos de ella sobre el pequeño trasero plano de él, y las suyas sobre el prominente trasero de mi amiga. Apenas tengo tiempo de darme cuenta de lo que están haciendo cuando mi vaso se estrella contra el suelo, expandiendo el líquido naranja en el agua turquesa de la piscina. Mi cliente se enfada verificando que no haya ninguna mancha en la bata que ni siquiera le pertenece y escucho a las tres zorras riendo como si un vaso roto pudiera tener algo de gracioso. Tristan viene hacia mí corriendo, se agacha para recoger los pedazos de vidrio y sus bíceps contraídos terminan de perturbar a mi mente que se sobrecalienta.

– ¿Estás bien? me pregunta con su voz grave, elevando la mirada hacia mí.

– Sí, yo puedo hacerlo, no tienes que...

– ¿Me van a traer otro vaso o tengo que esperar a que hagan la limpieza? se impacienta el calvo con la cara cada vez más roja.

– Obtendrá lo que quiere cuando lo pida con amabilidad, le responde Tristan enojado.

– ¿Cómo dijo, jovencito?

– Está bien, iré a buscarle otra naranjada, digo para evitar el conflicto.

Tristan camina detrás de mí y me detiene del brazo, obligándome a voltear hacia él.

– ¿Ver a Drake y Bonnie fue lo que te puso así? ¿O es sólo no poder hacer lo mismo que ellos? me pregunta muy seriamente.

– Tristan, ¡ahora no! le respondo intentando escaparme de sus dedos apretados alrededor de mi brazo.

– ¿No habías dicho que si intentaba tocarte otra vez me ahogaría en esa piscina? me desafía.

– No, hablaba de tus manos en mis nalgas, respondo en voz baja, incapaz deirme.

– Eso puede arreglarse, se divierte endiabladamente sexy.

Sus palmas se abaten sobre mis nalgas y empujan con todas sus fuerzas, hasta que me veo proyectada hacia la piscina. Apenas si tengo tiempo de lanzar un grito agudo antes de encontrarme bajo el agua. Sólo tengo groserías acumulándose en mi boca cuando salgo a la superficie y escucho la risa estridente de Tristan. Luego Sienna llega corriendo, pareciendo furiosa y gritando « ¡Todo está bien! » para intentar tranquilizar a sus clientes estupefactos.

– Tristan, ¿qué sucede? lo interroga con los puños pegados a la cadera.

– No mucho, mamá. ¡Renuncio! exclama lanzando su bandeja vacía al aire y entrando por su parte a la piscina.

No puedo evitar estallar en risa al ver a Sienna seguir la bandeja con la

mirada y verla aterrizar sobre el camastro de una de las tres zorras que debe levantarse para escapar del proyectil. Y no puedo evitar derretirme al ver a Tristan sacudirse el cabello empapado, pararse sobre la orilla de la piscina y ofrecerme la mano para ayudarme a salir, con su polo mojada pegada a su torso.

¡Maldito cuerpo perfecto, sonrisa seductora y mirada sexy!

¡Malditas prohibiciones!

Esa misma tarde, nos vemos castigados por toda una semana. Sienna intenta contarle el desastrosos día a mi padre, pero no puede hablar entre nuestras risas ruidosas. Hasta el pequeño Harry escupe la pata de su peluche para poder reír a carcajadas. Luego mi madrastra va a encerrarse en su oficina para encontrar nuevos sirvientes disponibles desde el día siguiente. Al final de la noche, mi padre me abraza susurrando que será mejor que sólo me dedique a los bienes raíces. Y subo a dormirme, agotada por todas esas emociones y dándome cuenta de que pasé el mejor día desde que llegué a esta maldita familia recompuesta.

No, Tristan Quinn no es ni será nunca mi hermano.

En cuanto a saber lo que es o será para mí... Sigue siendo un misterio.

3. ¿A qué estás jugando?

Al parecer, estar « castigada » incluye no poder ir a ninguno de los lugares a los que me gusta ir. Excepto dos: la agencia inmobiliaria de mi padre - para trabajar - y la casa de mi abuela - para evitar quedarme en la villa donde Tristan también es prisionero.

Después del memorable día en el Lombardi, pudimos habernos acercado, hacer un frente común, hacer crecer esta complicidad naciente o simplemente remplazar nuestras muecas de enojo por risas nerviosas. Pero no, eso hubiera sido demasiado fácil. Nuestra relación nuevamente se tensa la semana siguiente, como si nuestro castigo en común tuviera un doble sentido. Como si el encerramiento no sólo debiera hacernos pensar en nuestro « comportamiento inadmisibles e inmaduro » durante la misión en el bar de la piscina - palabras de Sienna - sino sobre todo en nuestra relación y sus deslices.

Mucho menos « inmaduros », esos deslices... Pero mucho más inadmisibles.

– Betty-Sue, ¿estás aquí? ¿Hay alguien? Llamo al llegar a la pequeña granja deteriorada que utiliza como casa.

– Shhhhhh, estoy cerca del pantano, me responde en voz baja.

Miro a la dirección correcta y percibo una mano, sólo una mano, surgiendo de atrás de un matorral y agitarse para decirme que me acerque. Encuentro a mi abuela de cuclillas, con la nariz pegada a un pelícano incubando.

– ¡Ella vino a hacer su nido aquí, en mi casa! murmura con los ojos brillantes. ¡Sabía que era una hembra! ¡Mira, hay dos huevos!

Betty-Sue me jala del brazo y me obliga a arrodillarme a su lado y a maravillarme con ella. Me veo gran cosa, además de un montículo de ramas, excremento de ave y el largo pico naranja que podría partirle la nariz a mi abuela si se acerca un poco más.

– Ésa es la magia de la vida, pequeña, A veces basta con creer en ella, murmura Betty-Sue tomando mi rostro entre sus manos, de perfil, para poder estrellar mi mejilla con la suya.

– No estoy segura de que eso funcione para mí, farfullo con la boca deformada por esta caricia forzada.

– Cuéntame todo.

Ambas caminamos en dirección a la casa, con una multitud de animales siguiendo nuestros pasos. Mientras que Betty-Sue se acomoda en su vieja mecedora en la entrada principal, yo tomo lugar en una especie de columpio que

rechina cuando me balanceo suavemente. Algunos perros se acuestan bajo nuestras piernas suspirando, los gatos saltan sobre la balaustrada o las orillas de las ventanas cerca de nuestras cabezas, y Filet-Mignon, el cerdo pigmeo, termina sobre las rodillas de mi abuela gruñendo de placer. Una decena de pares de ojos curiosos me observan, como si esperaran a que les confiese mi más grande secreto.

– Ellos no van a decir nada, me tranquiliza mi abuela al escuchar mi silencio.

– Creo que Tristan está igual de indeciso que yo. Un día me provoca y al siguiente me ignora. Reímos de lo mismo y luego me manda al diablo. Me mira las piernas para después criticarlas. Ya no comprendo nada, Betty-Sue. Y no sé si podré soportarlo por mucho tiempo.

– Querida, los hombres necesitan tiempo, para admitir que están enamorados. ¡Y a veces una buena patada en el trasero!

Nuestras risas se ven interrumpidas por un timbre anticuado que proviene de la casa y que me cuesta trabajo identificar.

– ¿Podrías ir por el teléfono, Liv? Está sobre la mesa de la entrada. Nadie me llama nunca, debe ser algún vendedor de cortinas eléctricas o de seguros de vida... ¡Escucha bien cómo lo voy a recibir! se divierte mi abuela.

Jalo el viejo teléfono de disco que sigue pegado a un cable, le doy el enorme aparato a Betty-Sue y pego mi cabeza a la suya para escuchar la conversación.

– ¡A menos que venda juguetes sexuales, no tiene nada que pueda interesarme, señor! dice con una sonrisa coqueta hacia mí.

– ...

– ¿Le corté la inspiración? Mire, creo que será mejor que le corte la...

– Su nieta, la interrumpe una voz metálica que reconozco instantáneamente. Vigile a su nieta. Liv Sawyer está en malos pasos. Y su hermano es parte de eso.

Me quiebro, incapaz de pensar, mientras que mi espalda se llena de sudor y el corazón se me sube a la garganta.

– Mi nieta hace exactamente lo que quiera, se pone a gritar mi abuela al teléfono. ¡Todo lo que quiera y con quien quiera! ¡Pedazo de basura! ¡Si tú tienes las hormonas descontroladas es tu problema, no el de ella! ¿No tienes nada más interesante que hacer que preocuparte por las nalgas de los demás? ¡Deja las de mi nieta tranquilas! ¡No ha hecho nada malo! ¡Tú eres el asqueroso! ¡Hasta mi puerco es menos sucio que tú y tus ideas retorcidas! ¡Un imbécil, eso es lo que eres! Un cobarde que se esconde detrás de su teléfono y que...

La conversación se corta. Betty-Sue cuelga violentamente el teléfono sobre el aparato que sigo sosteniendo con las manos temblorosas. Ella deja a Filet-Mignon en el piso, se levanta torpemente de su mecedora y viene a abrazarme. Para que al fin pueda estallar en sollozos mientras me acaricia la espalda.

– Todo estará bien, pequeña. Estoy segura de que sólo es un niño. Uno de

esos idiotas enamorados de ti y frustrado de que ni siquiera sepas quién es. Creo que ya le quité las ganas de volver a intentarlo...

– ¿Pero por qué llamó aquí?

– ¡Porque está aburrido!

– ¿Pero cómo supo que estaba aquí? ¿Crees que me esté siguiendo?

Me separo suavemente de ella para mirar alrededor.

– No lo sé, Livie. Tal vez sólo sea una coincidencia. Después de todo, quería hablar conmigo. Tal vez ni siquiera se imaginaba que tú también lo escucharías.

– ¡Si tuvieras un teléfono normal, podríamos haber identificado el número!

– Si ese tonto se tomó la pena de modificar su voz, ¿en verdad crees que llamaría desde su casa? ¿O de su celular? ¡De hecho, al parecer sólo llama a los teléfonos fijos. Si no, llamaría a los celulares, como todo el mundo. Tal vez sea una vieja hippie, pero conozco de esas cosas.

– ¿Y si logra comunicarse con mi padre? ¿O con mi madrastra?

– Creo que si en verdad quisiera hacerlo, lo habría hecho desde hace mucho, ¿no crees? Tal vez sólo busca darte miedo, querida. ¡Y no lo va a lograr! declara mi abuela secándome las lágrimas del rostro.

– No tengo idea de quién pueda ser, Betty-Sue.

– Cuando una es tan linda, inteligente y única como tú, es lógico que alguien se ponga celoso. Sobre todo en una ciudad tan pequeña como ésta, prosigue tristemente alisando mi largo cabello con la palma de la mano.

– ¡Pero no tengo ningún enemigo! Para eso, tendría que interesarle a los demás. Desde que llegué aquí, paso totalmente inadvertida.

– Sí, pero no desde que llegaste a la vida de Tristan, dice como si pensara en voz alta. Tal vez sea entre los amigos de él que provocas celos.

– ¿Crees que pueda ser una chica?

– Si un pelícano hembra puede venir a incubar en mi jardín, creo que efectivamente una hembra humana es capaz de todo.

– Mierda, estoy perdida.

Voy a sentarme sobre el primer escalón de la entrada para hundir la cabeza entre mis brazos.

– ¿Tu padre y su bruja no se irán de vacaciones en agosto?

– Sí, las dos últimas semanas. Se van en tres días. Y espero que papá me deje quedarme aquí.

– Eso te dará quince días de descanso, querida. Y tiempo para pensar con calma.

Y tiempo para estar sola con Tristan.

Aun cuando sea exactamente lo contrario de lo que necesito en este momento.

Un bastardo despeinado viene a poner su gran cabeza peluda sobre mis rodillas, con sus ojos tristes en señal de apoyo. Luego se echa de espaldas como

diciendo « Ráscame la espalda, tus problemas no son los únicos en esta vida. »

– Liv, confío en ti, pero me llamas ante el menor problema, resopla mi padre antes de darme un beso en la frente.

– Tristan, ¡más te vale que no me hagas regresar de las vacaciones por nada! lo amenaza su madre arrastrando su enorme maleta de ruedas cerca de la puerta de entrada. Craig, ¿me ayudas? Ah sí, continúa ella volteando de nuevo hacia nosotros, les recuerdo que siguen castigados hasta mañana, agrega con su actitud pérfida.

– Y yo te recuerdo que Harry lleva diez minutos esperándolos en el auto, señala Tristan abriéndoles la puerta para mostrarles la salida.

– No voy a extrañar tu insolencia, le dice ella con una sonrisa forzada.

– Diviértanse mucho. ¡Y nada de excesos! recomienda por última vez mi padre antes de levantar la maleta y dejar la casa.

Él detesta dejar su agencia, detesta dejar a su hija y sabe que no podrá fumar durante las próximas horas - entre el trayecto en auto y en ferry para llegar a las Bahamas. Las vacaciones para Craig Sawyer son como una tortura. Hasta me da pena irse a una isla paradisíaca con su esposa, quien sin duda escogió el hotel más lujoso de la isla.

¡Con un poco de suerte, pasarán dos semanas peleándose y regresarán separados!

« ¡No, retiro ese deseo! » dice el pequeño ángel sobre mi hombro izquierdo. « ¡Demasiado tarde! » se burla el pequeño diablo sobre mi hombro derecho.

Sigo maquinalmente a Tristan que va a abrir la ventana de la sala para hacerle señales de adiós a su hermano en el asiento trasero. Harry le responde agitando la pata de Alfred el cocodrilo detrás del vidrio. Ese pequeño me conmueve, como siempre, y casi hasta podría sentir cómo se estruja el corazón del hermano mayor, extrañamente silencioso a mi lado. Pero me desencanto en el momento en que éste abre la boca:

– ¡Por fin solos, Sawyer! Haré de tu vida un infierno.

Me sonrío ampliamente antes de volver a cerrar la ventana y empujarme bruscamente para que me derrumbe sobre el sillón.

– ¡No me toques! ¡Nunca más me vuelvas a tocar! grito llena de rabia levantándome precipitadamente.

– ¿O si no qué? ¿Le vas a decir a tu papá? Oh, ya no está aquí, se burla con una mueca de dolor falsa.

– Puedes seguir con tus juegos solo, Quinn. Iré con Bonnie.

Avanzo hacia la puerta de entrada rápidamente, hasta que su voz grave se escucha.

– No puedes. Se está revolcando con Drake en su habitación.
– ¡No hables así de mi amiga! ¡Y ve a buscar a alguien con quién revolcarte si eso te puede calmar!

– ¿Estás hablando de ti? me pregunta con un tono indiferente, avanzando lentamente hacia mí, con sus ojos azules entrecerrados, su cabeza ligeramente inclinada y su boca sin sonrisa, por primera vez.

No pienso en nada que responder. Mi cerebro no ordena ningún movimiento de retirada. Nada. Su audacia y su seguridad me paralizan como siempre. No siento nada más que no sea una punzada en mi vientre, que aumenta a medida que él avanza. Y mi respiración acelerándose cuando acerca su rostro al mío.

¡Si se atreve a besarme, lo voy a morder!

Y si no me besa... lo mato.

– No te deseo, Sawyer, gruñe su voz ronca y profunda, que parece decirme exactamente lo contrario.

Luego me rodea, lentamente, sin dejar de verme, antes de desviarse para subir la escalera corriendo.

Imbécil...

Esa misma noche, después de pasar todo el día en la playa con Fergus y Bonnie, estoy leyendo en mi habitación cuando escucho una risa femenina al otro lado de la pared. Ni siquiera sabía que Tristan estaba presente, mucho menos que tenía compañía. Intento imaginarme a la chica, castaña o pelirroja, delgada o voluptuosa. Tal vez sea Lana, su ex. Tal vez sea la « mujer de su vida número 16 ». Probablemente otra nueva. Pego la oreja a la pared para descubrir lo que esconde su silencio. Y cierro los ojos para sobre todo no visualizarlos. Los vuelvo a abrir de inmediato. Es peor. Los recuerdos de sus bóxers, de su bulto, de mi pelvis rozando con la suya. De las deliciosas sensaciones. Y una frustración que me carcome. Salgo de mi habitación azotando la puerta lo más fuerte posible y voy a encerrarme en la biblioteca en la planta baja. Una habitación calmada y tranquila, aislada del resto de la casa, donde me refugio a veces cuando necesito silencio y soledad, o simplemente cuando tengo ganas de leer, recostada sobre el largo sillón que no necesito compartir.

En verdad, esta noche soy incapaz de leer una línea más, hasta que mi mente sobrecalentada se adormece cansada.

La segunda noche, invito a Bonnie a dormir conmigo para evitar revivir ese gran momento de soledad. Encerrada con ella en mi habitación, me dejo trenzar el cabello para « parecer un poco menos blanca ». Y la escucho contarme todo lo que le hizo a Drake, todo lo que él le hizo a ella - y no puedo evitar pensar en todo lo que nunca volveré a hacer con Tristan. Secretamente envidio la libertad de mi mejor amiga, la simplicidad de su vida, la locura de sus primeras emociones, las cuales aparento no encontrar interesantes.

– ¿Me estás escuchando, Liv?

– Sí, sí... ¿Entonces no sabes si le pareces demasiado gorda o si eso le gusta?

– Es un poco frío cuando nos vemos en la calle. Pero cuando estamos en su casa, ¡Dios mío, ya no es para nada frío! ¡Caliente, caliente, caliente!

Y entonces se estremece ventilándose con una mano y dándose una nalgada con la otra.

– Si se avergüenza de ti, es un imbécil. No te merece, Bonnie.

– No tienes que darme un sermón, Porcelana, él se aprovecha de mí tanto como yo de él. Y conozco a otro que está aprovechando la vida, observa yendo a pegar su oreja contra la pared de la habitación.

Ella también lo escuchó. Esa risa nuevamente. Tal vez hasta un poco más aguda que ayer. Sin duda una nueva conquista. Aunque le parezca demasiado delgada, demasiado gorda o demasiado lo que sea, la invita a su habitación para hacerla reír, gemir y suspirar. Y hará como si no la conociera al día siguiente en la calle.

¡Lo odio, lo odio, lo odio!

– ¿No te parece extraño escuchar eso? me pregunta Bonnie tomando una actitud de asco.

– No me importa, digo alzando los hombros y concentrándome para no sonrojarme.

– Si mi hermano hiciera eso al lado de mí, creo que...

– ¡Tu hermano tiene 14 años y frenos en los dientes!

– Eso no le impide...

Luego se pone a imitar una coreografía explícita moviendo las caderas y las cejas en sincronía.

– ¿En verdad?

– ¿Qué es lo que crees? No todo el mundo sigue las reglas como tú. De hecho, ¿qué estás esperando para salir?

– ¡Que termines de trenzarme la otra parte de la cabeza para no parecer una loca que ahuyentará a todos los chicos!

Pero mi mejor amiga prefiere irse dejándome mitad blanca y mitad negra, después de recibir un mensaje de Drake que se aburre en su habitación. Y paso una noche más en vela en la biblioteca, relajando mis nervios deshaciendo mis trenzas,

y luego buscando cómo incendiar la casa sin que se sepa que fui yo.

¡Al menos, eso lo haría salir de su maldita habitación!

¡Y su nueva amiga tendrá una buena razón para gritar!

La tercera noche, después de un nuevo día de evitar cuidadosamente a Tristan, comienzo a preocuparme por las dos semanas de vida intersideral que me esperan: sin trabajo en la agencia inmobiliaria, una mejor amiga demasiado ocupada, un Fergus que trabaja todo el día y se derrumba de cansancio por las noches y una abuela que se pasa todo el día viendo a un pelícano incubar. Pude haber pasado esas dos semanas en una playa de las Bahamas, hablando con mi padre, jugando con Harry y peleándome con Sienna: eso hubiera sido relativamente molesto pero, al menos, algo habría pasado. En secreto, me enoja que Tristan no aproveche este periodo sin padres para ponerme a prueba, provocarme, desafiarme, prepararme las peores bromas sin correr el riesgo de que lo castiguen. Y me enoja todavía más el haber sido tan ingenua como para pensar que él querría hacer todo eso conmigo.

Eso u otra cosa...

Extrañamente, la tercera noche no sucede nada. Aparentemente la casa está vacía. Las habitaciones silenciosas. Dudo en entrar a la de Tristan para hurgar. Los dedos me hormiguean de emoción, la curiosidad me carcome y mi corazón late como estuviera a punto de asaltar un banco. Su cueva. Ahí donde todas esas chicas tiene derecho de entrar, excepto yo. Ahí a donde nunca me ha llevado. Ahí donde siempre he tenido prohibido entrar, aun cuando teníamos 15 años y nos odiábamos sin ningún motivo oculto. Mi mano temblorosa toma el picaporte. Luego renuncia. Corro a encerrarme en mi habitación y me deslizo contra mi puerta, sin aliento y avergonzada. No porque nunca me atrevería a hacer eso. No porque esté mal, sea indiscreto o no soportaría que me hicieran lo mismo. Sino simplemente porque me siento ridícula. Obsesionada con un chico como me había prometido a mí misma que jamás lo estaría. Acosada por recuerdos tórridos que parecen existir solamente en mi mente. Sobreexcitada ante la idea de robarle algunos segundos de intimidad, ésa que no quiere, que ya no quiere compartir conmigo.

¡Al diablo! ¡No me reconozco! ¡Y me niego a ser esa chica!

Después de ver una película en el home-cinema de la sala, después de comerme una lata entera de Pringles como cena, después de prohibirme mirar por la ventana para esperar el regreso del otro idiota, termino por ir a acostarme arrastrando los pies. Ya es más de medianoche, decido que es una hora aceptable para terminar el día cuando uno tiene 18 años, sus padres no están y le queda un poco de dignidad. Más temprano que eso, sería un crimen contra la juventud y la

libertad.

Ignoro qué hora es cuando me despiertan los peores ruidos que conozco: risas, gemidos, suspiros. No escucho una voz femenina pero sé perfectamente de dónde provienen. De la habitación de al lado, aquélla a la que debí haber entrado a saquear. Eso me habría evitado tener que hacerlo en medio de la noche. Los sonidos se intensifican y pronto no escucho más que « bangs », el ruido rítmico de una cama contra la pared, cada vez más rápido y cada vez más fuerte.

Salgo de mi habitación, fuera de mis casillas, entro en la de Tristan sin tocar, gritando frases ininteligibles que terminan por « ¡no he terminado! », « ¡no me dejas dormir! », « ¡enfermo sexual! » y « ¡yo también sé lanzar gritos de bestia salvaje! ». Me detengo cuando ya no encuentro nada más que decirle y cuando me doy cuenta de que no recibo nada a cambio más que una carcajada. Tristan está solo, en su habitación, de pie sobre su cama, la cual movió para poder golpearla contra nuestra pared compartida.

– Oh, perdón, ¿te desperté? dice entre dos risas guturales.

– ¡Eres el rey de todos los imbéciles, Tristan Quinn! grito comenzando a lanzarle todo lo que encuentro en su buró. Un idiota de primera, continuó aventándole un libro. Un cabrón de 3 años mentales, le lanzo junto con un puñado de plumas. Un maldito manipulador, grito todavía más fuerte echándole un par de tijeras.

Él salta sobre sus piernas musculosas sin dejar de reír y esquiva los proyectiles moviendo la cadera, con sus bóxers negros que me impiden ver claro.

– ¡La lámpara no! Mi padre me la regaló, grita lanzándose sobre mí para detener mi brazo.

La dejo, dócil, pero intento no ceder ante su mirada repentinamente sombría y angustiada. Y que regresa a su azul brillante y su aire insolente cuando me murmura:

– Muy lindo tu shorty...

– Cállate, Quinn, susurro para no dejarlo molestarme.

Todavía no...

– No puedes dormir, tu cabello está despeinado, murmura con el hoyuelo marcado, mientras acomoda un largo mechón rubio que me bloquea la vista.

– No me vuelvas a hacer algo así, gruño en voz baja ignorando su gesto para no olvidar las razones de mi rabia.

Y de mi presencia aquí.

– Te tardaste en ponerte celosa, termina por gruñir, a algunos centímetros de mi boca.

– ¿A qué estás jugando? suspiro luchando interiormente para no ser la primera en besarlo.

– Te tardaste, repite como para ganar algunos segundos. Tuve que aguantar

dos citas mortales con chicas que se reían de cualquier cosa, agrega con su cruel sonrisa retorcida.

Esa frase fue la gota que derramó el vaso en mi corazón lleno de lágrimas y me hace explotar de nuevo. Lo empujo violentamente hacia atrás, azoto la puerta de su habitación y corro a refugiarme en la mía. Para que no me vea llorar de rabia. Y para que la pared que nos separa sea nuevamente una barrera para nuestros juegos prohibidos.

Ya no quiero jugar con ese imbécil.

4. Acción o... ¿acción?

Este sábado había comenzado tan bien. Un paseo por el mercado de pulgas con Betty-Sue hizo que me doliera el rostro de tanto reír frente a los extravagantes puestos de los vendedores. Una nadada en el mar, en un pequeño rincón desierto, y el agua turquesa para mí sola. Una comida tardía con Fergus cuyas manos están cubiertas de urticaria - el pobre es literalmente alérgico a su trabajo. Una tarde de relajación con Bonnie, a la orilla de la piscina del Lombardi, sin el tornado italiano en las cercanías. Y la perspectiva de regresar al silencio, la calma, la intimidad de mi gran morada, después de un día satisfactorio. Ya que mi único coinquilino sale todas las noches desde nuestro último encuentro, soy la única que vive en la casa familiar.

Mi peso en palomitas y una vieja película de espionaje en streaming: mi definición de una noche perfecta.

Si no es por las preguntas que me agobian... ¿Dónde está Tristan? ¿Con quién? ¿Y en qué posición?

Finalmente, entro en la ducha en cuanto llego, me amarro el cabello en un chongo después de haberlo lavado, me pongo la pijama demasiado grande y larga de algodón orgánico - mi única compra en el mercado esta mañana, para darle gusto a la tirana hipster que es mi abuela - y bajo a la sala. Aparte de los bips del microondas, nada llega a romper el silencio que me rodea. En fin, eso y los maullidos histéricos de la gata en celo del vecino, a la cual estaría bien que ya esterilizaran.

Odio los gatos.

El recipiente de las palomitas está vacío frente a mí. Apenas comienzan a salir los créditos finales de *Intriga Internacional* de Alfred cuando ya me estoy quedando dormida sobre el sillón blando de la sala. Una tortuga gigante de nombre Thor me visita en mis sueños e intenta enseñarme el arte del krav magá.

Y luego, cerca de la medianoche, el cielo se me cae encima. O más bien, un barril de cerveza me roza peligrosamente la sien. Abro los ojos y descubro a dos idiotas tatuados que se divierten lanzando el objeto de diez kilos como si se tratara de una pelota de basketball, a riesgo de romperle el cráneo a la pobre chica que se encuentra allí. Yo. Me levanto de un salto sin siquiera preguntarles qué hacen allí, porque ya tengo una idea... Con la mente todavía adormilada, los veo reírse de mi pijama sin forma. Me abstengo de ahorcarlos, los dejo allí y me cruzo con tres chicas despampanantes en shorts y bikini en el vestíbulo. Ellas me miran de

soslayo antes de continuar con su camino haciendo resonar sus tacones de doce centímetros. Quiero asesinar a alguien.

Treinta segundos más tarde, al fin más despierta, obtengo la confirmación de que mi terrible presentimiento es justificado. Me doy cuenta de que la música hace temblar las paredes de la casa. Que unos cincuenta perfectos desconocidos se bailan, se besan, se pelean bajo mi techo. Que el alcohol fluye a mares a pesar de la joven edad de los invitados - entre 18 y 20 años, gracias a las identificaciones falsas. Y termino por percibir su cara de ángel mirándome, desde las escaleras donde admira este espectáculo, en éxtasis total. Sus malditos ojos azules, sublimes e hipnotizantes, que me inspiran tanta apatía - y tanto deseo.

Tristan Quinn, ¿en verdad organizaste una maldita pool party sin avisarme?

Varias carcajadas resuenan cuando los « invitados » me descubren, en medio del vestíbulo, vestida como mormona, con un chongo desordenado en lo alto de la cabeza, la mirada perdida y la mandíbula apretada. No hay lugar a dudas, me llevo el premio de la más grande perdedora de la noche.

La única solución: la huida. Me dirijo a las escaleras, empujando a dos o tres tontas a mi paso, ignoro los intentos de coqueteo barato de un tipo borracho, mando al diablo a Drake y Elijah cuando intentan ofrecerme una cerveza y subo las escaleras lo más rápido posible. Evidentemente, al llegar hasta arriba, me tropiezo y me caigo. Un brazo musculoso me detiene justo a tiempo, evitándome llegar al piso. Levanto la mirada hacia quien me rodea la cintura. Tristan. Lo empujo brutalmente, murmurando para que sólo él escuche:

– ¡No me toques! ¿Cuántas veces debo repetírtelo?

– ¿Hubieras preferido romperte la nariz? responde con su voz grave, para nada impresionado por mi humor de perro.

– ¿Qué es este desorden, Tristan? ¿Todas esas personas? ¿Estás consciente de que no vives solo aquí?

Mi voz se quiebra por lo mucho que me indigna su egoísmo. Frente a mí, él da un paso hacia atrás, se despeina el cabello, pareciendo repentinamente incómodo. Creo estar soñando cuando me doy cuenta de que está arrepentido. Al menos un poco.

– Creo que pude haberte enviado un mensaje, admite mirando mi boca.

Basta, Quinn...

Nuestras miradas se cruzan, se imantan como nunca antes. A pesar de la multitud que nos rodea, siento como si estuviéramos solos en el mundo. Y llego a preguntarme cuál es esa fuerza invisible que nos tortura. ¿cómo explicar que en un instante nos odiamos... y al siguiente nos deseamos tan intensamente?

– Tristan, ¿vienes a nadar conmigo? grita de pronto una voz aguda, abajo de las escaleras.

– Sí, buena idea, susurro acercándome a él, para que nuestros labios casi se

rocan. Tristan, vete a bañar con tu zorra número 279...

Pongo mi mano sobre el barandal y estoy por subir los pocos escalones que me quedan para volver a encontrarme con mi soledad. Pero Tristan me rebasa y llega antes de que pueda poner un pie adentro. Al abrigo de las miradas, él me aplaca contra la pared fría y gruñe, a algunos centímetros de mi piel:

– ¿A qué juegas, Sawyer? ¿Me estás buscando o estás celosa? Tienes que escoger...

– ¡Déjame y vete con tu Lara Croft!

¿Un bikini de cuero con camuflaje militar, en serio?

– Yo hago mi vida y tú la tuya, ¿recuerdas? murmura mientras que siento su aliento cálido contra mi rostro.

– Como si fuera ayer. ¡Pero hazme el favor de hacer tu vida *lejos* de aquí!

– Estoy en tu casa tanto como tú, sonrío de repente, divertido por mi respuesta.

– ¡Tú sí, pero no los degenerados que trajiste!

– Eso es cierto, ríe. Y dime, Sawyer...

Sus ojos me recorren, dándome la desagradable sensación de pasar por los rayos X. ¿Desagradable? Tal vez no tanto...

Paso saliva con dificultad antes de refunfuñar:

– ¿Qué?

– Esa pijama... ¿Es para que ya no tenga ganas de mirarte en secreto?

– ¡Eres un imbécil! le grito antes de escaparme, mientras que risa resuena, aun cuando cierro violentamente la puerta de mi habitación detrás de mí.

Siento mi corazón palpitando mientras que me deslizo hasta el suelo. ¿Pero cuándo terminará esta pesadilla? Abajo, una serie de gritos resuena y puedo adivinar que Tristan fue recibido entre los suyos como un rey. Lo imagino tomándose una cerveza bien fría, desafiando a sus amigos con una apuesta estúpida, moviendo su cuerpo atlético al ritmo de los bajos y , finalmente, pasándose la mano por el cabello rebelde buscando a su próxima presa entre la multitud.

En traje de baño ultra sexy en vez de una pijama de abuela.

Los gritos de alegría se escapan igualmente del lado de la piscina. Los gritos de alegría se escapan igualmente del lado de la piscina. Desde mi ventana abierta, puedo escuchar casi todo, sobre todo a las chicas hablando con demasiado entusiasmo acerca de la mejor técnica para atraer a « Tri » entre sus piernas.

¿Porque además hay que darle un apodo estúpido?

La fuerza invisible se apodera nuevamente de mí y me hace actuar de manera totalmente irracional. Me levanto, me dirijo a mi vestidor desatándome el cabello, tomo mi vestido negro diminuto y me lo pongo lanzando mi pijama al otro lado de la habitación. Es inútil ponerme un sostén, basta con una tanga negra y

tacones. Después de inspeccionarme en el espejo, voy al baño. Rubor, mascara, labial: tal como Bonnie me enseñó.

Esa chica en el espejo no soy realmente yo y sin embargo... no puedo evitar sonreírle.

Titanium resuena al fondo de la casa. Cuando bajo las escaleras una a una - los tacones son la primer causa de muerte en chicas como yo -, algunas miradas se dirigen hacia mí, curiosas, sorprendidas.

La perdedora en pijama ya no se ve tan perdedora, ¿verdad?

Llego hasta la cocina, tomo la copa de vino barato que me ofrecen y me planto frente a la banda de los cinco. Los Key Why. Jackson y Cory silban al descubrirme en este atuendo, Drake me mira demasiado los senos, Elijah observa mis piernas y Tristan, hasta ahora de espaldas, finalmente se voltea. Sus ojos se desorbitan por un instante, rozan cada parte de mi cuerpo y luego se entrecierran de descontento. El rockstar se obliga a mirar hacia otro lado, estoy segura, y deja brutalmente su vaso sobre la encimera.

– Chicos, ¿jugamos un partido de water-polo? propone de repente, para excluirme de la banda.

– Tengo una mejor idea, digo colocándome en medio del círculo. Juguemos Verdad o Reto...

Tomo de mi copa lentamente y con insolencia. Tristan me fusila literalmente con la mirada, hurgando entre su cabello con frustración. Cuatro chicas que parecen un poco ebrias llegan con nosotros.

– ¿Escuché bien? ¿Verdad o Reto? ¿Cuándo empezamos? se emociona una de ellas.

– Drake, ya verás, no tengo nada que esconder, agrega otra, con una voz de actriz porno.

– Jueguen entre ustedes, ¡tenemos cosas más divertidas que hacer! se enoja Tristan haciéndole señas a sus amigos para que lo sigan.

– Espera, no tengo nada contra ese juego, ríe el castaño alto negándose a cooperar.

Mierda. Si Bonnie supiera lo que acabo de provocar, me mataría!

Dicho esto, Drake no necesita de mi ayuda para acostarse con todo lo que se mueva.

– Sí, yo también juego, agrega Jackson poniendo una mano en las nalgas de la pequeña pelirroja que se balancea contra él.

– ¡Ya no tenemos 12 años, chicos! se impacienta el líder.

Él pone los ojos en blanco cruzando los brazos detrás de la cabeza, como muestra de su enojo. Con esto basta para dejarme entrever el maldito elástico de sus bóxers. Y desconcentrarme.

– ¡No, ya no tenemos 12 años, pero seguimos siendo igual de inmaduros! bromea Elijah tomándome de la mano. Vayamos a jugar al jardín.

– ¡Suéltala! grita Tristan, con una voz tan ronca y amenazante que él mismo se sorprende.

Sus ojos se cruzan finalmente con los míos, luego descienden hasta mi mano que se encuentra en la de Elijah. La retiro, petrificada por su reacción violenta. Ni siquiera logro distinguir si estoy perturbada o molesta de que se muestre tan posesivo.

– Que quede muy claro, Liv está *off limit*, dice volteando hacia cada uno de sus amigos, como si yo no estuviera allí. No deben pasar del límite con ella.

– No tocaremos a tu hermanastra, lo tranquiliza Drake dándole un golpecito en el hombro.

– ¿Y yo tengo voz y voto? intervengo, sorprendida por lo extraño de la situación.

– ¡No! Juguemos tu juego estúpido, masculla Tristan tomándome del brazo. ¡Y bájate el vestido!

– ¿Y a ti qué más te da? ¡Y además todas tus amigas están en bikini! me rebelo soltándome.

– Sí, pero tú no eres como ellas, murmura con una sinceridad desconcertante.

¿Escuché bien?

Los primeros quince minutos, río sinceramente, sentada con mi vestido en el piso. La palabra « reto » es citada muchas más veces que « verdad », pero todos los chicos se hacen locos, ya que las chicas prefieren divertirse entre ellas que con ellos.

Después de treinta minutos, comienzo a arrepentirme de haber propuesto este juego. Tuve que besar a una chica con la boca llena de gloss de vainilla, intentar hacer una pirámide humana con mis cuatro nuevas *mejores amigas* y tomar dos shots de un alcohol café asqueroso. Durante ese tiempo, Tristan pasó su turno tres veces. No ha dejado de verme ni un segundo. En algún momento, su mirada se aventuró a lo alto de mis muslos y tuve que cerrar las piernas, dándome cuenta de que probablemente podía ver mi tanga. Me sonrojé mucho y él me sonrió.

– Si no estás jugando, nada te obliga a quedarte, le digo mientras bosteza de aburrimiento.

Un poco más lejos, los otros ocho participantes nos ignoran y se lanzan un gran desafío. Es para aquél que se coma un paquete de papas fritas en el menor tiempo.

– Pero sí me estoy divirtiendo, me responde Tristan con su voz ronca y provocadora. Veamos, Liv, me encanta pasar las noches sentado en la hierba húmeda, mirando a borrachos haciendo estupideces.

– En cualquier caso, adoras mirarme a *mí*, digo para desafiarlo.

– Evita inventarte historias, Sawyer, replica, divertido, abriendo su nueva

cerveza. Te estoy estudiando, nada más. Eres un espécimen extraño.

– En verdad los cumplidos son tu fuerte. ¿Qué pudo haberte hecho tan simpático, Quinn? suspiro. Debe ser agotador ser siempre superior a los demás, ¿no?

– No realmente. Cansado, tal vez.

– Lo cual explicaría por qué tienes tanta necesidad de distraerte. ¿Una chica nueva cada noche? ¿Cada semana? ¿Cómo funciona?

– ¿Por qué siempre regresamos a eso? sonrío con su actitud de niño travieso. ¿Tienes algún problema con el hecho de que tenga una vida sexual, Sawyer?

– ¡Deja de llamarme Sawyer! gruño pateando. Y...

De repente, me doy cuenta de que todos están callados a nuestro alrededor, y que ocho pares de ojos nos observan. Por un instante, mi estómago se contrae y lo que más temo es que todos hayan comprendido. O al menos, intuitivo algo. Mi frustración. Mis ganas de abofetearlo. De besarlo. De arrancarle la ropa para rodar por la hierba con él. Tristan debe estar pensando lo mismo, ya que se aclara la garganta para aceptar el próximo reto.

– Cierra los ojos, le ordena Drake. Y adivina cuál de las chicas te va a besar.

Me muerdo las mejillas, me aferro al césped y me contengo de reaccionar. Inmóvil y furiosa, veo a la pequeña pelirroja acercarse a los labios de Tristan para darle un beso húmedo. Y demasiado largo para mi gusto.

Esa rabia en mí... Esos celos... Jamás había sentido eso.

– Pollito, termina por adivinar volviendo a abrir los ojos.

– ¡Ganaste! ríe ella levantando los brazos, orgullosa de ese logro que no es suyo.

– ¿Por qué pollito? pregunto de pronto, con una voz demasiado seca.

– ¡Porque tiene uno tatuado en el cuerpo! me explica su amiga.

– Ahí donde sólo los chicos malos tienen derecho a aventurarse, coquetea la pelirroja, ignorando que estoy a punto de hacerle tragarse su sonrisa de felicidad.

Una más con la que se ha metido. Muy bien.

– Liv, es tu turno, me avisa Cory. ¿Verdad o...?

– ¡Verdad!

Tristan me lanza una mirada extraña de repente. Como si estuviera particularmente interesado en escuchar.

– ¿Te acostarías con uno de los Key Why? me pregunta Drake.

– ¡No, tengo una mejor! lo interrumpe Jackson. ¿Te acostarías con Tristan, si no fuera tu hermanastro?

Eeh, ¿cómo les explico? Qué incomodo.

Los segundos pasan y las palabras no me llegan. Las miradas que me rodean parecen cada vez más insistentes. El baterista. El bajista. El perverso. Lara Croft. Pollito. Ya no sé ni dónde esconderme. Y cuando me cruzo con los ojos

azules de Tristan, pierdo por completo la cabeza. Mi corazón late a mil por hora, ya no logro controlarme. Las lágrimas se acumulan en mis ojos, odio ser tan débil, tan impresionable, estar tan perdida.

Y tener ganas de responder un inmenso y estruendoso SÍ.

– Por supuesto que no, responde Tristan en mi lugar, tan sereno y arrogante como siempre. ¡La asquearon con su pregunta tonta, ni siquiera puede hablar!

Dicho esto, se levanta y me ofrece la mano, como lo haría un caballero. Un príncipe azul que ha venido al rescate de una doncella en apuros con un vestido demasiado corto y pegado, sentada en la hierba y rodeada de personas que no aguanta. Sus amplios hombros me parecen particularmente protectores y reconfortantes en este momento. Sus ojos no juegan. Él me sonríe sinceramente, sin malicia. Y sin embargo, rechazo la mano que me ofrece. Me impulso con mis propios pies, me quito los zapatos de niña superficial y me voy sin decir más.

Tristan y los imbéciles de sus mejores amigos pueden terminar la noche sin mí. Ya tuve suficiente por hoy.

– ¡Liv! escucho a Tristan correr detrás de mí cuando estoy a punto de cruzar la puerta de entrada.

Todos los de la fiesta están agrupados en el jardín ahora. La casa debe estar vacía y muero por ir a refugiarme allí.

– No pierdas tu tiempo conmigo, Tristan, en verdad. Ya no tengo ganas de jugar. Estoy cansada.

– No pensé que fueran tan estúpidos como para hacerte esa pregunta, se disculpa mirándome con empatía. Sinceramente.

– Fui yo quien les dio la idea del juego, soy la única culpable, digo alzando los hombros, huyendo de su mirada. Ya son más de las 4 de la mañana, voy a acostarme.

Él también parece agotado de repente. Sus rasgos se ven fatigados y su mirada es menos vivaz.

– Yo tampoco tardo en entrar, sólo tengo que hacer que todo el mundo se vaya. Creo que voy a decirles que ya no hay nada más de tomar.

– O que la policía viene en camino.

– ¿Quién la habría llamado? me sonrío.

– La amargada de tu hermanastra, murmuro antes de regresar al interior de la casa, dejándolo en el rellano.

Ya que mi habitación y mi cama fueron *visitadas*, me decidí por el gran sillón de la biblioteca y su manta de felpa. Ignoro qué hora es cuando su cuerpo viene a recostarse suavemente atrás del mío. Apenas si me despierto y no me rebelo. Su

aroma me rodea, su piel me roza y, en algunos segundos, me vuelvo a dormir.

El más profundo y pacífico de los sueños desde hace varias semanas.

Son un poco más de las 11 de la mañana cuando abro los ojos. Muero de calor bajo la manta. El contacto de la mano de Tristan sobre mi muslo me hace estremecer, pero por otra razón diferente. e volteo lo más lentamente posible para observarlo. No, definitivamente Brad Pitt y Chace Crawford no son nada comparados con él. Esa piel tan suave que te acaricia sólo con verla. Esas pestañas infinitas que le dan un toque de sabiduría a su insolente rostro lleno de belleza. Esa nariz recta y fina que ningún cirujano pudo haber construido mejor. Esos labios carnosos y seductores, que muero por probar de nuevo. A pesar de las prohibiciones.

– ¿Listo? ¿Ya tomaste tu fotografía? sonrío perezosamente el bribón, antes de abrir los ojos.

Su aliento huele a menta.

¡El maldito lleva más tiempo despierto que yo!

– No me parece haberte invitado a mi cama anoche, murmuro verificando que mi vestido no se haya movido.

– Esto no es una cama, es un sillón.

– Eres muy astuto.

– Y tú eres insoportable.

A esto le sigue un duelo de miradas y no cedo a pesar de mi piel que se electriza de sólo pensar en su mano, que sigue puesta sobre mi muslo.

– Adoras esto, que te enfrente, resoplo.

– Y tú adoras que muera de ganas de quitarte tu vestido provocativo.

– ¿Finalmente me prefieres en jeans?

– No, te prefiero sin nada.

Esta vez, me encuentro nuevamente sin nada que responder. Su voz grave y profunda me noqueó, y cuando su mano sube por mi muslo, roza mi vientre, mi garganta y se pierde en mi cabello, decido no preguntar a dónde nos llevará todo esto. Quiero dejarme llevar por mis deseos más inconfesables, éstos que me atormentan desde hace mucho tiempo.

– Bésame, le digo de pronto, muy cerca de sus labios.

– Creí que jamás me lo pedirías, gruñe.

Y su boca sobre la mía. Y su mano jalándome muy ligeramente el cabello, como si dijera « soy yo quien manda ». Y yo, irreconocible, pidiendo más.

No hay ventanas en esta biblioteca. Y sólo una pequeña lámpara está encendida en un rincón, difundiendo una luz cálida y tenue a su alrededor, dejando el resto de la habitación en una semi oscuridad. Podríamos estar en plena noche o en pleno día, no veo la diferencia. Y pierdo toda noción del tiempo mientras que este beso infinito despierta todos mis sentidos.

Su piel huele a el de ducha de coco, su lengua sabe a menta y otros aromas frescos se mezclan en mis narinas: su shampoo, su desodorante masculino, el detergente de su ropa. Tristan tomó un baño, al parecer se cambió de playera y de bóxers. Ignoro cuándo. Y sobre todo ignoro lo que eso significa. ¿Tenía ganas de oler bien para mí? ¿Acaso simplemente está acostumbrado a cuidarse? ¿O...

– No pienses, Liv Sawyer, me interrumpe. Desde aquí escucho tus pensamientos, murmura su voz ronca cerca de mi boca.

– No es lo que tú crees, respondo deslizando mi muslo a lo largo de su pierna desnuda.

– Detenme si quieres que me detenga, suspira paseando sus dedos por la fina piel debajo de mi muslo, muy cerca de mis nalgas.

– No te detengas...

– Vuelve a pedírmelo, Liv.

– Bésame. Bésame otra vez.

En la suave penumbra, veo a Tristan mostrar sus dientes blancos y brillantes mientras sonrío. Luego se muerde el labio, lo deja deslizarse lentamente hacia abajo, húmedo, carnoso y provocativo, y observo ese ínfimo movimiento como si fuera la cosa más sensual que haya visto jamás en mi vida. El famoso labio inferior viene a introducirse entre los míos, a levantar mi fino labio superior, con una languidez infinita, llena de deseo, y es la primera vez que encuentro nuestras bocas tan perfectamente mezcladas, ideales la una para la otra, como si alguien las hubiera diseñado sólo para que pudieran besarse. Ningún beso antes me había provocado ese efecto. Y jamás había sentido algo tan evidente, esta certitud...

– Todavía puedes detenerme, suspira Tristan dejando mis labios pero acercando ligeramente su cuerpo al mío.

Mi pierna levantada sobre su pelvis subió mi vestido. Y su erección, escondida dentro de sus bóxers, llega a rozar mi tanga arrancándome un gemido.

– Sé lo que quiero, declaro poniendo mi mano sobre su mejilla para obligarlo a mirarme directo a los ojos.

– No quiero que puedas arrepentirte después. No quiero que te sientas forzada. O que lo hagas para demostrarme algo. No quiero ser ese tipo de chico.

Su voz grave, ahogada, me hace estremecer. Y su mirada penetrante me desarma. Me parece lleno de sinceridad. Y ahora que echó su mano hacia atrás para despeinarse el cabello - como suele hacer cuando está nervioso-, tengo la impresión de que cree haber roto el encanto de este instante, con sus frases llenas de inquietud y de respeto hacia mí. Pero no se imagina cuánto me seduce así también. Cuán atractivo es cuando se muestra tan vulnerable.

– Gracias, resoplo yendo a detener sus dedos agitados detrás de su cabeza. Gracias por ser tan atento, tan respetuoso... Pero ahora, digo con una ligera sonrisa coqueta, regresando su mano sobre mi muslo, tengo ganas de que me respetes un

poquito menos.

– Eres... impredecible, Liv Sawyer.

Me sonríe, con un nuevo brillo en sus ojos azules.

– Y estoy segura de esto, insisto soltando sus dedos para ir a rozar el bulto de su bóxer. Te deseo, susurro al fin a su oído.

Tristan emite un suspiro viril que no hace más que aumentar mi deseo. Su mano levanta un poco más mi vestido y toma mi nalga. Desfallezco frente a este nuevo gesto seguro y apasionado. Y olvido todo. La biblioteca. La casa familiar. La hora que es y quiénes somos, el uno para el otro.

Lo único que veo, es un chico de 18 años, a quien fácilmente le daría unos 5 años más, de una belleza que te deja sin aliento y una sensualidad que me da vértigo. Que tiene en las manos, en la mirada y en cada uno de sus gestos tanta dulzura como sex appeal. Él, recostado de perfil sobre este sillón, con una playera negra pegada al cuerpo y unos bóxers cuyo color ignoro. Él y yo, todavía con mi vestido ceñido y diminuto, subido hasta mis caderas, revelando mi tanga ardiendo de deseo.

La manta bajo la cual dormimos, inocentemente abrazados, y bajo la cual seguimos escondiendo nuestros cuerpos agitados, ahora que ya no estamos durmiendo, esa manta se ha vuelto insoportablemente caliente. Ya no tengo más pudor. Intento deshacerme de ella con la punta del pie, Tristan me ayuda a bajarla por nuestras piernas y termina por jalarla con un gran gesto para dejarla caer al pie del sillón.

Como el resto de su actitud, sus manos se vuelven impacientes, recorren mi espalda para bajar mi cierre. Aprovecho esto para subirle la playera, acariciando su piel de paso y electrizándome la punta de los dedos. Él se levanta un poco y me ayuda a hacer desaparecer la playera por encima de su cabeza. Me derrito literalmente al volver a encontrarlo, con el cabello todo despeinado y su torso desnudo, revelándome todos los músculos que me moría por tocar.

Bajo la mirada para distinguir sus hombros redondos, el bíceps de su brazo contraído, sus pectorales ligeramente dibujados, sus abdominales más marcados, y lo veo. Al fin. El bóxer. Negro. Con un resorte blanco. Es mi combinación de colores favorita. El blanco combina tan bien con su piel bronceada que es casi un crimen. Una pequeña voz, suave y hechizante, me dice « Ven por aquí... ¡Aquí es donde todo sucede! ». Mi mente divaga, sobrecalentada, y me hace olvidar que anoche no me puse sostén cuando elegí el atuendo más audaz que tenía en mi armario.

Tristan tampoco lo puede creer y su mirada brilla cuando descubre mis senos desnudos. No lo sentí deslizar las mangas de mi vestido sobre mis brazos. No lo vi desvestirme a medias, demasiado obnubilada por la urgencia de hacer desaparecer su ropa. O de imaginar lo que se escondía debajo de ésta. Regreso a

mirar su rostro, su actitud a la vez curiosa, traviesa y emocionada. Sigo el movimiento de su mano que roza mi mejilla, mi mandíbula, desciende lentamente por mi cuello y llega a detener su camino sobre mi seno pequeño. Su palma estimula suavemente mi pezón y sonrío al escucharme gemir. Lo hace correr entre dos dedos para volverme todavía más loca. No sé si es exasperante o extremadamente delicioso. Creo que eso me encanta. Pero lo obligo a detenerse aplacando mi mano sobre la suya. Y creo que me gusta todavía más cuando masajea firmemente mi seno. Eso me da la impresión de que éste no es tan pequeño. Y Tristan también parece adorarlo.

De repente, hunde su rostro en mi cuello, su boca me llena de besos mojados y ardientes, sus dientes mordisquean mi piel fina, su mano se pierde en mi cabello desordenado y su cuerpo se abate sobre el mío. Me aprisiona contra el sillón, mi espalda ardiente se encuentra con el cuero todavía fresco, y me brinca encima.

– Tristan Quinn, ¿sabes lo sexy que eres con el torso desnudo? Sí, por supuesto que lo sabes, murmuro sonriendo frente a su cara de orgullo.

– Lo que tú no sabes, Liv Sawyer, es cuánto amo tus pequeños senos, me responde su voz grave antes que su boca se disponga a descubrir mi pecho.

Ese pecho pequeño que tanto me acompleja, frente a la mayoría de las otras chicas de mi edad, que se ven tan contentas al ponerse un bikini en cualquier ocasión. Esos pequeños senos que siempre fingí que me parecían prácticos, para poder saltar, correr y sobre todo para no llamar la atención de los chicos. Excepto hoy. Mis pequeños senos blancos bajo sus manos bronceadas. Mis pezones claros y endurecidos entre sus labios, que me otorgan sensaciones inauditas. Todo esto me parece perfecto. Y estoy sorprendida por la nueva evidencia que acaba con todas mis dudas, toda mi timidez, toda mi inexperiencia.

Y sobre todo, con todas las prohibiciones...

Un poderoso deseo se cuela entre mis piernas y mi curiosidad regresa a mi recuerdo, imantando mis manos bajo su bóxer negro. Juego con el resorte blanco, deslizando mi índice entre la lycra y la piel de Tristan. Salgo de nuevo para dejar que mis dedos recorran el bulto creciente. Lo abandono para ir a verificar la firmeza de sus nalgas, redondas y musculosas como el resto, las cuales me complace acariciar. Durante este tiempo, él vuelve a encontrar el camino hacia mis piernas y se abre camino bajo mi tanga. La tela se separa de mi feminidad, remplazada por sus dedos expertos, increíblemente suaves, exactamente donde quiero que estén. Sus caricias me marean, me muerdo los labios para no gemir demasiado fuerte. Luego dejo sus nalgas abultadas para regresar al frente, sobre ese bóxer que tanto me intriga. Ahogada por el placer que me da, estimulada por el que yo le quiero dar, hago deslizar lentamente la tela negra por sus caderas, asombrada por mi propia audacia, y dejo que su sexo erecto se revele ante mis ojos

fascinados.

– Si crees que no te estoy viendo ganar terreno, gruñe Tristan enderezándose con la mirada divertida.

– ¿Qué estás esperando?

Mi sonrisa descarada llega a desafiarlo. Sus ojos azules se ponen a brillar en la penumbra. Y algo estalla en mi vientre cuando me levanta ligeramente, sin dejar de mirarme, para deslizar mi vestido bajo mis nalgas.

– Más, lo invito a desnudarme, sin saber qué me sucede.

Sus largos dedos delicados se apoderan de mi tanga, la bajan por mis piernas hasta mis tobillos y me liberan de ella. Tristan observa mi desnudez, con los labios apenas entreabiertos, y se pasa la mano por el cabello como si esto fuera todo lo que esperaba. Extrañamente, no temo su mirada sobre mí, ni las palabras que están por salir de su boca cuando inhala.

– Pareces una mujer, Liv Sawyer.

– ¿Ésa es tu gran revelación? emite con una pequeña risa perturbada.

– No, pero... Quiero decir que no sólo eres una chica linda... vacila como raramente lo he visto. Una mujer...

– Ya ves que sí soy una, sonrío antes de jalarlo de la nuca para que se acueste nuevamente sobre mí.

Su boca choca contra la mía estallando en un nuevo beso apasionado. Su torso se encuentra con mis senos, su vientre con el mío, nuestras pieles se imantan y nuestras pelvis encajan como si estuvieran hechas para estar juntas. Para tocarse. Para imbricarse. Esta nueva sensación de lógica, de perfección, me corta el aliento y hace desaparecer mi sonrisa. Siento su erección frotando contra mi clítoris ya excitado. Siento el calor de su cuerpo irradiar en el mío. Y no puedo evitar separar las piernas para pedirle más.

– Tristan, suspiro, incapaz de decir más.

– No te muevas, murmura como si me leyera la mente.

Él se levanta, da algunos pasos en la biblioteca oscura, ofreciéndome el espectáculo de su cuerpo en movimiento, desnudo y terriblemente sexy, antes de salir de mi campo de visión. Cuando regresa, tiene un preservativo en la mano, del cual abre el empaque antes de ocuparse del resto. No sé si yo habría podido hacerlo. Pero me alegra haber pasado esa etapa sin morir de pena o de torpeza. Y le agradezco en silencio ser tan natural, tan confiado, el perfecto equilibrio entre seguridad y dulzura, de autocontrol y de atención hacia mí.

– ¿Sigues igual de segura? me susurra al oído dándome escalofríos.

– Ven...

Tristan se acuesta suavemente sobre mí, besa toda mi piel que tiene a su alcance, mi hombro, mi cuello, mi cabello despeinado, acerca su rostro al mío y lo besa como si fuera la primera vez. Vuelvo a descubrir la suavidad de sus labios, la

menta de su lengua, la pasión de cada uno de nuestros besos.

Separo de nuevo una pierna para subirla por su muslo musculoso. Con una mano, el guía su sexo a la entrada del mío, siento los roces divinos que me excitan al máximo.

– Tú eres quien decide, Liv, resopla su voz dulce y grave.

Tomo su rostro entre mis manos, me hundo en sus ojos azules incandescentes, levanto un poco mi pelvis esperándolo... y lo dejo continuar. Con un pestaño, le digo que estoy lista. De acuerdo para ofrecirme a él. Pero incapaz de dar el último paso. Ya no distingo nada en esta mezcla de aprehensión y urgencia, de pudor y de fiebre, de temor y de excitación. Todas mis emociones se enredan.

Como si adivinara mi perturbación, Tristan me toma la mano y me lleva con él. Ahí donde jamás pensé llegar. No aquí, no ahora, no con él.

No. Ahí donde soñé llegar. Con nadie más que él. Ésa es la verdad.

Lentamente, su sexo entra en mí, fuerte pero paciente, a la vez tan duro y tan suave. Ignoraba que el dolor y el placer pudieran ser tan cercanos. Ignoraba que existiera una respuesta tan viva, tan perfecta para mi deseo. Siento como si entrara en un nuevo universo de sensaciones. Y esto me da vértigo. Todo en mí vibra bajo su cuerpo que acaba de entrar en el mío. Cada una de mis células explota. Esta entrada en mi intimidad me quema y colma de un placer tan fuerte que mi cabeza se echa hacia atrás. Poco a poco, un ardiente calor invade mi cuerpo, me abro a Tristan, tan sensual y tan tierno en sus movimientos. La dulce quemadura se transforma en una caricia intensa y profunda que me hace volar. La parte baja de su vientre frota a un ritmo lacerante contra mi clítoris que se inflama y siento el orgasmo al acecho sin saber de dónde viene.

Mis manos buscan a qué aferrarse pero no pueden más que conformarse con la orilla del sillón. Éstas recorren con urgencia sus nalgas redondas, sus bíceps tensos, sus hombros contraídos, su nuca con piel ardiente, todas las partes de su cuerpo que ahora me pertenecen, que tanto me encanta tocar, sus músculos que resalta bajo su piel bronceada, todas sus fuerzas que me rodean, me retienen, me trascienden. Y dejo que la ola de placer me sumerja, me envuelva. Y mi cuerpo comienza a arremolinarse entre los brazos de Tristan que me estrechan. Y todo mi corazón se abandona ante su pasión, casi demasiado bella para ser verdad.

Nuestros cuerpos al fin se despegan y se caen del sillón, lentamente, para llegar hasta la espesa alfombra de la biblioteca. Nuestros ojos maravillados observan el techo en silencio. Sólo nuestras respiraciones entrecortadas se responden en la penumbra. Y me parece que ninguno de los dos es capaz de hablar, de moverse, de mirarse. Pero Tristan rompe el muro invisible entre nosotros. Su mano busca la mía a tientas. Y, suavemente, entrelaza nuestros dedos.

Por primera vez.

5. Hablar de más

– ¿Crees que alguno de los dos pueda volver a hablar algún día?
– Acabas de hacerlo, Sawyer, murmura con una sonrisa en la comisura de los labios.

La manta oculta sólo lo necesario de nuestra desnudez. Recostado en el piso, sobre la alfombra naranja, Tristan sigue observando el techo. A algunos centímetros de él, volteada de perfil y con el corazón en ebullición, lo observo reteniendo las miles de preguntas que pasan por mi mente.

¿En verdad acabamos de acostarnos?

¿Todo va a cambiar entre nosotros?

¿Para bien? ¿Para mal?

¿Definitivamente nos ganamos nuestro boleto directo al infierno?

¿Al fin obtuvo lo que quería y ahora me olvidará como la mayoría de los chicos lo harían?

¿Esa extraña sensación entre mis piernas es normal?

¿Comprendió que antes de él yo era... virgen?

Tengo que dejar de darle vueltas al asunto. Detengo mis divagaciones mentales e intento retomar el control. Dejando salir las primeras palabras que me pasan por la cabeza:

– Eres... diferente.

– ¿Diferente a qué? me pregunta volteando suavemente hacia mí.

Puedo notar un asomo de curiosidad en su voz ronca. Su mirada azul tiene su intensidad habitual. Tristan recarga la cabeza contra su brazo doblado, no puedo evitar mirar su torso desnudo y musculoso.

– Diferente a como te imaginaba, digo hundiéndome en sus ojos.

– Creo que eso se llama prejuicios.

– Soy culpable, resoplo.

Está tan cerca de mí que las ganas regresan a mi cuerpo. De besarlo. De sentir sus labios cálidos y carnosos contra los míos. De sus manos recorriendo mi piel desnuda. De su aliento haciendo renacer los escalofríos.

– No creí que fueras tan *dulce*, digo sonrojándome.

– ¿Qué creías? ¿Que te iba a saltar encima como un salvaje?

Su mirada me evita de nuevo. Él se muerde el labio inferior. Bajo la mirada hacia sus dedos que juegan con el hilo de la manta, como si estuviera igual de perturbado que yo.

– No lo sé, confieso. Tengo poca experiencia con los chicos, y no muy positiva.

– Tu primero..., pregunta casi dudando, ¿fue Kyle?

Todos cometemos errores. El mío se llamaba Kyle Evans. Un chico de la secundaria, un poco más grande porque repitió año, con el cual salí por algunas semanas durante el último año, antes de darme cuenta a quién quería realmente. Él era lindo y yo estaba aburrida. Salir con él era salir de mi rutina sin nada interesante. El problema es que si bien me trataba como la octava maravilla, no tenía nada que contarme ni que ofrecerme una vez que se rompía el encanto. Nada, a parte de propuestas indecorosas e incesantes. Un claro ejemplo del chico popular y sin neuronas, que creyó que sería bueno presionarme todos los días para que aterrizara en su cama. Lo cual me animó a mandarlo al diablo de inmediato, por supuesto.

– Efectivamente, él fue mi primer novio, le respondo a Tristan más concentrado que nunca. ¿Cómo te enteraste de lo mío con él? Estabas en el internado.

– Drake, me explica someramente. ¿Kyle también fue tu *primera vez* ?

– ¿Quieres decir el primero con el que me acosté?

– *¿Alucino o esta idea parece molestarlo?*

– Sí, gruñe masajeándose la nuca.

– Entonces no.

– ¿No? repite perplejo.

– No.

– Liv, ¿quién fue tu primero?

Alzo cobardemente los hombros, como si eso no tuviera ninguna importancia. Sin embargo, es todo lo contrario. Mi primero fue él. Fue Tristan.

Hace una hora, seguía siendo virgen. Y no podría haber soñado con una mejor primera vez.

O para ser más exactos, como diría la voz metálica: « Incesto ».

– Respóndeme, Liv, insiste suavemente obligándome a verlo a los ojos.

– Ya lo sabes, murmuro.

Sus ojos me interrogan, luego se desorbitan. Sus pestañas son tan largas que barren mis párpados. Me concentro en este detalle para luchar contra las lágrimas que se acumulan. Las emociones se mezclan de nuevo, amenazando con sumergirme.

– ¿Liv?

¿Cómo puede una voz ser tan grave y tan tierna a la vez?

– ¿Hmm?

– ¿Yo fui tu primero?

– ¿No te diste cuenta? ¿Para nada? Fuiste tan dulce, resoplo.

– Mierda, Liv, susurra abrazándome.

Luego se separa, molesta por su impulso de ternura.

– ¡Maldito Evans!

– ¿Qué?

Lo miro levantarse a mis espaldas, dejando la manta en su lugar sobre mi cuerpo desnudo. Frente a mis ojos, sus nalgas musculosas desaparecen bajo sus bóxers y luego le llega el turno a su playera de privarme de su piel. Pero ya no le pongo atención a eso, sino que más bien intento comprender el desastre que se está llevando a cabo.

– Tristan, ¿por qué de pronto estás tan enojado?

– Ese imbécil dijo muchas estupideces sobre ti.

– ¿Que me acosté con él desde la primera cita y que soy una máquina sexual? digo con ironía para relajar el ambiente.

– ¿Eso te parece chistoso? me pregunta furioso. ¿No te molesta que ensucie tu imagen así?

– Tristan...

– Voy a confrontarlo, dice con una voz que nunca había escuchado.

– ¿Para qué? ¡Tú y yo sabemos que eso es falso!

– Se merece que alguien lo desenmascare.

Tristan aprieta los puños y me doy cuenta de que no está bromeando.

– ¡No hagas eso! ¡No por mí! exclamo poniéndome rápidamente mi vestido negro de la noche anterior.

– Entonces lo haré por mí, me avisa Tristan, sin pestañear.

Su mirada es de una intensidad tan fuerte que me desarma. Frente a mí, parece inmenso, peligroso, dispuesto a todo.

– ¡No saldrás de aquí!

Corro a toda velocidad hacia el vestíbulo y luego hacia la puerta de entrada.

Tomo la llave de su lugar e intento introducirla en la cerradura, pero ya es demasiado tarde. Tristan me sigue tan de cerca que me la arranca de las manos sin ninguna dificultad. Es imposible encerrarlo. Toma sus jeans que se encuentran sobre el barandal de las escaleras y se los pone con un solo movimiento. Luego se pone los zapatos y regresa hacia mí.

– No me detendrás, Liv. Nada me detendrá. No después de lo que acaba de pasar, me resopla empujándome contra la pared. Tú te quedas aquí, no te muevas.

– ¿Y qué se supone que debo de hacer? le grito de pronto. ¿Esperar a que termines en la cárcel, sólo para salvar mi honor?

– ¿En la cárcel? repite con una media sonrisa, recargándose contra la pared. Voy a ser mucho más discreto, Sawyer.

¡Y el provocador está de regreso!

– ¡No me dejes aquí! ¡No después de lo que hicimos! le suplico, luchando contra mis lágrimas. ¿Qué ha cambiado en diez minutos? Antes estábamos bien...

– Hace diez minutos no sabía que te había quitado la virginidad, resopla agachando la cabeza hacia el frente.

– Tristan..., susurro con la garganta cerrada. Fue perfecto.

Silencio de muerte.

– Evans debe pagar, gruñe separándose de la pared.

Acabo de dejar a un lado mi orgullo, de mostrarme vulnerable y eso es todo lo que me responde. La puerta de la entrada se azota tan fuerte que las paredes tiemblan después de su partida. Un sollozo me sacude, seguido de un grito de rabia.

– ¿Tanto te arrepientes de haberte acostado conmigo?

Evidentemente, Tristan no me escucha. Ya está demasiado lejos, demasiado obsesionado con su misión, demasiado indiferente a mis lágrimas. Sin embargo, habría jurado que algo había cambiado en él. Que había sentido exactamente lo mismo que yo.

Le echo un vistazo a lo que me rodea. La casa está en un estado terrible. Las botellas del alcohol y los vasos tirados cubren el piso, las mesas y hasta las orillas de las ventanas. La pool party dejó sus huellas.

Y yo no fui la única víctima.

Y de pronto, me doy cuenta de todo. NO soy una víctima. Lo que sucedió, yo lo quise, lo deseé tanto como él, si no es que más. Y eso que Tristan está por hacer, puedo evitarlo si muestro la suficiente voluntad. ¿Pero cómo convencerlo de mantenerse alejado de Kyle? Lo ignoro. Poniéndome los tenis, decido elegir la improvisación.

– Primero, encontrar al rey de los provocadores, digo en voz alta para mí misma.

Enciendo el motor y tomo el único camino que lleva a la casa. Probablemente, Tristan está pedaleando como loco, pero los caballos bajo mi capó van a ayudarme a alcanzarlo. Lo percibo después de recorrer algunos kilómetros, lo paso y me estaciono en el acotamiento. Salto de mi SUV y me coloco en medio del camino, con los brazos abiertos. Debo dar miedo, con mi vestido negro minimalista y el cabello despeinado.

– Adoro tu look, Sawyer dice Tristan con ironía frenando a un metro de mí.

Pone un pie en el piso, me mira de los pies a la cabeza sin que sepa si debo sonrojarme o no, y luego agrega:

– Déjame pasar.

Bien pudo haberme evitado, su bicicleta pasa por cualquier parte.

– Quisiera que respetes mi decisión. Por favor.

– Es por ti que...

– Justamente, lo interrumpo. Haz eso por mí. Te pido que no vayas a ver a Kyle. Que olvides que existe. Eso es lo que yo hice hace mucho tiempo.

Tristan se pasa la mano por el cabello, luego regresa su pie al pedal haciendo como si fuera a regresar al camino, ignorando soberbiamente mi petición.

– ¡Me vuelves loca! grito tomando su manubrio. ¡Piensa en lo que vas a provocar si llegas demasiado lejos! ¡Vas a tener problemas, pero también vas a dar de qué hablar! ¡Acerca de nosotros! Todo el mundo sabe que no eres un hermano protector conmigo. Que jamás has sido así. ¡Todo el mundo comprenderá que si le rompes la cara, es porque hay algo entre tú y yo!

Dejo de gritar para retomar el aliento, él me mira, perfectamente calmado de repente, indolente, con su maldita sonrisa retorcida en la comisura de los labios.

– No había pensado en eso, confiesa rascándose la nuca.

– Eres un cretino. Como todos los chicos que conozco. Excepto mi padre. Y Harrison. Y Fergus. En fin, ¡date media vuelta y regresa a ayudarme a limpiar la casa antes de que tu madre nos envíe a ambos al internado!

Una lluvia torrencial - en esta época, son frecuentes en la isla - nos cae encima antes de que pueda siquiera subir al auto. Detrás de mi volante, veo a Tristan, empapado, retomando el camino, con su playera ceñida remarcando cada uno de sus músculos tensos por el esfuerzo.

Y yo fantaseando, de nuevo...

Alguien pellízqueme. Ya no soy virgen.

Tristan ya no me dirige la palabra, pero es impresionantemente eficaz cuando limpiamos la casa. En menos de dos horas, ésta brilla y todo rastro de la noche loca han desaparecido.

Estoy por acomodar la aspiradora en su lugar cuando él sale del cuarto de lavado:

– Puse tus sábanas a lavar. Las mías también. Al parecer, nuestras habitaciones tuvieron mucha actividad anoche.

Noto las ojeras bajo sus ojos y el hecho de que se masajea con insistencia la nuca.

– ¿Te duele la espalda?

– No mucho.

– Si quieres, puedo...

– No necesito nada, Sawyer, dice alejándose de mí. Iré a dormir unas horas, tengo ensayo esta noche.

Lo miro subir los primeros escalones de la escalera.

– ¿Tristan? pregunto de repente, incapaz de quedarme así.

– ¿Sí?

Ni siquiera voltea.

– ¿Esto significó algo para ti? pregunto con una voz ligeramente temblorosa.

Esta vez, se voltea y clava su mirada en la mía. Sin malicia. Sin provocaciones. No está jugando.

– Más de lo que debería, murmura.

Me muerdo el interior de las mejillas para no decir más. Para no hablar de más. Para saborear simplemente su última frase, su última mirada, que ya decía suficiente. Tristan cruza lentamente los últimos escalones que lo llevan al segundo piso. La puerta de su habitación se abre para después volver a cerrarse. Salto de alegría, ahí mismo, durante unos dos minutos, antes de darme cuenta de que me está espiando desde la cima de la escalera.

– Estaba seguro, se burla. ¡Sawyer eres una maldita niña hueca y cursi!

– ¡Idiota! le grito antes de salir de la casa, mortificada.

Bueno. Confieso que cuando lo piensas sí es chistoso.

Recorro el jardín, recojo y meto en una bolsa de basura algunas latas de cerveza, la parte de arriba de un bikini y una sandalia de marca. Si alguien viene a pedir las, bastará con ir al basurero. Me siento sobre un camastro, extendiendo las piernas e intento disfrutar el sol que está de regreso. Imposible. Muero de ganas de tomar una ducha o de saltar a la piscina, pero estoy demasiado cansada y a la vez emocionada como para hacer cualquiera de las dos. Entonces dejo que mi mente me lleve a los lugares que no debería.

La voz metálica ya atacó dos veces. ¿A quién le dirigirá el tercer golpe?

Tengo que decirle. Tristan merece saberlo. Lo quiera o no, él está en peligro tanto como yo con todo esto. Pero dos alarmas estridentes se encienden en mi cabeza cada vez que llego a esta conclusión. La primera: es tan impulsivo que podría revelar nuestro secreto sin querer. La segunda, mucho más aterradora: Tristan podría decidir dejar de hacer todo. De besarme, de tocarme.

De decirme que esto significó algo para él.

Mi libertad se ha ido. La calma se ha transformado en caos. Ellos pusieron sus maletas en la entrada hace menos de treinta minutos, y sin embargo, todo cambió ya.

Harrison lleva ya unos quince minutos jugando al avión en la cocina cuando el detector de humo se enciende.

– ¡Liv, ayúdale a tu padre con los pancakes! ¡Ya ves que es incapaz de cocinar sin incendiar toda la casa! ¡Harrison, ve a sentarte o te quito a Alfred por

dos días! ¡Tristan, sal de tu madriguera, el desayuno está listo!

– No te escucha desde aquí, le dice Craig.

– ¡TRISTAN! grita con todas sus fuerzas.

El detector de humo termina por callarse pero Sienna, por su parte, mantiene la calma. Sin duda, las vacaciones la relajaron. En cuanto a mi padre, me confesó hace unos minutos que trabajó sin descanso bajo las palmeras - probablemente para no tener que soportar a su esposa todo el tiempo. Cuando me pregunto a qué se debía esa sonrisa de tonta sobre mis labios, me controlé para no sonrojarme. Puse de pretexto su regreso, en vez de mi noche prohibida con Tristan... y la esperanza de que ésta no sea la última.

– ¿Pero por qué diablos nunca viene cuando lo llamo? refunfuña Sienna ignorando los pancakes de su marido. Liv, ve a tostar unos panes, por favor.

– No puedo, estoy ocupada, digo devorando mis pancakes.

– ¡No hables con la boca llena y sé útil! se impacienta ella.

– Sienna, acabamos de regresar, le sonrío mi padre. ¿Podemos disfrutar de estos cinco minutos de reencuentro?

– ¡Falta alguien por si no te has dado cuenta! silba.

Craig la observa por un instante y reconozco esa mirada: *¿Me puedes recordar por qué te amo?*

– Hola a todos clama Tristan cuando finalmente llega con una playera rojo encendido y jeans.

Sexy...

Sin siquiera voltear a vernos, ni a mí, ni a su madre que acaba de bajar del avión, se lanza sobre su hermano menor para besarlo. El pequeño grita bajo sus besos, mientras que la reina madre suspira lo suficientemente fuerte como para que todos la escuchemos.

– Se ve que me extrañaste, dice con su voz de drama queen.

– Horriblemente, sonrío su hijo de la manera más insolente posible.

Tristan termina por sentarse frente a mí y mientras lo hace, me da un pequeño golpe en la tibia. Fue involuntario, me digo a mí misma ingenuamente. Seguro. cuando veo una nueva sonrisa dibujarse sobre sus labios, me abstengo de insultarlo. El bastardo se conforma con mirar su taza de café sin importarle que yo esté ahí.

Y extrañamente, eso me encanta.

Y Sienna con criticar cada bocado del pancake que se come. Y Harrison con tartamudear todas las « r » haciendo reír a todo el mundo - excepto a su madre. Craig y Tristan con comenzar un debate sin fin acerca de cuál es más « rock'n'roll », si el azúcar blanca o la mascabada. Y yo con sonreír ingenuamente, con el corazón feliz a pesar del horrible secreto de una tonelada que llevo en el pecho.

Estamos recogiendo la mesa con un barullo jovial cuando Harry viene a

jalar mi short, para que me volteo.

– ¡Alfred quiere un beso! me dice con su vocecita.

Me agacho y beso al peluche antes de darle un ruidoso beso al niño en la mejilla. Huele a jabón - su madre acaba de lavarle la cara.

– ¡Alfred quiere casarse contigo! me informa el pequeño. ¡Pero le dije que no!

– ¿Por qué? río.

– Sí, ¿por qué? sonrío Tristan entrecerrando los ojos, un poco más lejos.

– ¡Yo me voy a casar contigo porque estoy enamorado de ti!, me responde Harrison, muy orgulloso de su declaración.

Silencio incómodo. No sé bien cómo reaccionar, así que decido mejor reírme. Pero a Sienna no le parece tan buena idea:

– Harrison Quinn, ¡no digas esas cosas! ¡No puedes enamorarte de tu hermana! ¡Está prohibido, es inmoral y asqueroso!

– Tiene 3 años, Sienna, protesto para defender al niño que se pone a llorar.

– ¡Eso no importa! ¿Te das cuenta de lo que le estás dejando decir? ¡Y no reaccionas! ¡Es indignante! me agrede ahora la arpía. ¡Craig, di algo!

En ese instante, me volteo hacia Tristan. Ignoro por qué, pero necesito su apoyo. Que me defienda, pero sobre todo que me comprenda. Lo que acaba de decir Harry fue totalmente inocente. Y en un sentido, lo que hicimos Tristan y yo también lo es. No tenemos un vínculo de sangre.

¿Pero por qué siento la necesidad de repetírmelo constantemente?

Como si intentara convencerme a mí misma...

– Liv, no deberías dejar que Harry diga esas cosas, me hace sobresaltar la voz suave de mi padre. La próxima vez regáñalo.

Incomprendida. Traicionada. Acusada en falso. Ésas son todas las palabras que me viene a la mente, mientras que todo el mundo en la habitación me mira de soslayo. Harry se fue a llorar a su habitación y me encuentro sola, frente a una pared. Una pared sólida, imposible de atravesar, compuesta por Sienna, Craig... y Tristan.

– Sí, es asqueroso pensar en eso, murmura él fríamente antes de irse. En verdad hay que estar enfermo.

Su voz está llena de arrepentimiento. Y de golpe, siento como si me cayera de un rascacielos. Me doy cuenta de lo que sucedió, la noche anterior, entre Tristan y yo. Tomo consciencia plena de ello y la culpa me hunde. Jamás en mi vida había sentido tanta vergüenza.

Me acosté con mi hermanastro.

Continuará...
¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

Juegos Prohibidos - volumen 3

Juegos Prohibidos de Emma Green, volumen 3 de 6.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



En la biblioteca:

Secuestrada por un millonario

Un secuestrador tan seductor como hechizante. Una joven secuestrada por su propia seguridad. Una tórrida pasión que le hará perder el piso.

La linda Eva es raptada por Maxwell Hampton. Sólo que su rico y seductor secuestrador afirma haberlo hecho para salvarla de un peligro sobre el cual no quiere revelar nada. La joven, independiente y apegada a su libertad, va a revelarse contra este cautiverio forzado; pero su captor, dueño de un encanto hechizante es tan enigmático como persuasivo. Y Eva deberá luchar contra su propio deseo. Porque, ¿no dice el dicho que la mejor manera de vencer a la tentación es caer en ella?

Descubra rápido el primer episodio de Secuestrada por un millonario, una saga de la nueva escritora inédita Lindsay Vance.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)

